

Gabriel Jiménez Emán

Wald

Ilustrado por Aníbal Ortizpozo



Facebook

Ediciones Madriguera

Instagram

@edicionesmadriguera

Correo electrónico

edicionesmadriguera@gmail.com

Sitio Web

<http://www.edicionesmadriguera.com.ve/>

Wald

EDICIONES MADRIGUERA

© Gabriel Jiménez Emán, 2020.

© A. C. Madriguera, 2020.

<http://www.edicionesmadriguera.com.ve>

edicionesmadriguera@gmail.com

Mérida – Venezuela

Edición: Ennio Tucci

Ilustraciones: Aníbal Ortizpozo

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal: ME2020000288

ISBN 978-980-433-028-5

Gabriel Jiménez Emán

Wald

I

Antes de levantarse de la cama, Wald se estira primero extendiendo los brazos y piernas dando un gran bostezo, que se prolonga en un pequeño aullido, el cual también va ampliando su sonoridad para luego desvanecerse en el espacio del cuarto, hasta confundirse con los pliegues de la cama. Dirige la mirada hacia las rendijas de la cortina que cubre la ventana, intentando ver algunos rayos de sol, los cuales finalmente se filtran por los pliegues y caen levemente sobre las paredes, convertidos en pálidos reflejos. Wald ve cómo el techo se llena de salpicaduras de luz, mientras se prepara a poner su pie derecho en el piso, luego el izquierdo, para después acomodarse las pantuflas y caminar dando traspiés hacia al cuarto de baño donde orina copiosamente, sentado en la poceta, dando cortos bostezos, restregándose los ojos para sacudirse trozos de sueño que ha tenido durante la noche, sueños desagradables donde recorrió cuevas sombrías en montañas heladas.

El solo pensar que debe ir a la oficina a atender sus obligaciones de publicista y ver la cara de su jefe el señor Anderson le causa mareos; cómo le gustaría quedarse en casa leyendo el libro de cuentos de John Cheever o el ensayo de Cortázar sobre Keats, su poeta preferido. Pero no. Debe ir al cuarto de baño y luego prepararse el desayuno,

cosa que hace no sin antes encender el televisor para ver las infames noticias del día, y esto lo tranquiliza. Después cambia de canal para mirar fragmentos de imágenes de viejas películas, o enciende el tocadiscos para oír música de Vivaldi, mientras cepilla sus dientes, se afeita y termina de hacer sus necesidades.

Echa los huevos en la sartén con cebollas, ajos y aceite, hasta que las yemas están duras y luego las coloca sobre dos tostadas de pan. Los come con gusto saboreándolos con tragos de café negro. Luego se viste, arregla unos papeles en el escritorio y toma un vaso de agua antes de abrir la puerta del departamento para salir, bajar las escaleras y buscar su viejo auto en el estacionamiento, atravesar las calles de Ciudad Topacio y llegar hasta la Torre Klum, donde queda la Agencia del mismo nombre. Mira su rostro en el espejo del retrovisor, advirtiéndolo más rojo que de costumbre; enciende su teléfono celular, busca su maletín, coloca dentro varias carpetas y el libro de Cheever que está leyendo. Piensa por un instante en Vanessa Turner, su amor imposible, casada con un compañero de oficina a quien envidia por eso. Se arrepiente una vez más de no haberse casado joven y tener una familia; sus relaciones habían sido todas fugaces; era el último de tres hermanos y sus padres habían muerto hace tiempo. Pero las cosas suceden, ya no se pueden borrar y hay que aceptar las cosas como son: está soltero y solo, y ello le permite una relativa libertad, aunque no es lo que desea del todo, en medio de esta contrariedad se encuentra cuando aparece en su campo visual un niño corriendo tras una pelota, y debe poner el pie en el freno del auto para no arrollar al chico. Wald se puso pálido y hasta le sobrevino un dolor

de cabeza, que luego se atenuó cuando prosiguió su camino hacia la Agencia, cuidando de detenerse un momento frente a la Plaza Sucre y mirar hacia el departamento donde vive Vanessa Turner, qué mujer, dios mío, pensó, qué belleza tan grande y no puede ser mía. Siguió pensando en ella por un rato y luego su mente se concentró en la idea de reunirse con sus amigos del Círculo de Keats durante el fin de semana, qué bien la pasaban mientras leían poemas de la literatura inglesa con énfasis en Keats, Shelley, Byron, Wordsworth o Coleridge; mientras recitaban hacían chistes y se emborrachaban, bailaban, hasta había pensado concluir un libro de poemas y estaba entusiasmado con eso últimamente, y un viaje que desea hacer a Inglaterra a visitar Londres y otras ciudades inglesas donde son originarios estos poetas, quizás era posible pasar allá unas vacaciones con una bella mujer que pudiera recordar el resto de su vida.

Por lo pronto, Wald no podía abandonar su empleo en la Agencia, donde ganaba buen sueldo. Los cuarenta años bien vividos que acababa de cumplir no estaban del todo desperdiciados, si se tomaban en cuenta los ambientes que había frecuentado en varias ciudades, los libros leídos, las obras de arte vistas, la música, las mujeres, los amigos, y todo aquello le hacía olvidar momentos tristes de su adolescencia, sus padres muertos y sus hermanos en otros países, tampoco había tenido hijos pero no perdía la esperanza de tenerlos algún día, tenía un relativo futuro por delante, no había de qué preocuparse, ya la vida le depararía algo, aunque a veces lo asaltaba una suerte de fantasma de la decepción, aunque para eso estaban los amigos y las amigas, las chicas bonitas que de cuando en cuando le

donaban sus caricias; en el mundo de la publicidad sobraban las modelos, muchachas jóvenes que deseaban triunfar y se acercaban a él y Wald jugaba con ellas a la seducción diciéndoles poemas, cantándoles canciones o invitándolas a fiestas, y ellas mismas se le insinuaban en determinados círculos, eso era algo gratificante.

Cuando llegó al estacionamiento del edificio una de aquellas chicas, llamada Lila, una muchacha vistosa, con un cuerpo impresionante, se le acercó para hacerle a Wald una pregunta. Wald trató de evitarla pero no fue posible, la chica lo abordó sin que él pudiera impedirlo.

—Hola, Wald, buenos días, te quería pedir un favor...

—Hola Lila, qué tal...dime de qué se trata...

—Quisiera saber si puedes conseguirme una cita con el señor Anderson...

—¿Con Anderson? Eso va a ser difícil, Lila. Desde hace tiempo dejé de hacer ese tipo de favores, no me gusta recomendar gente, ese es un tipo muy ocupado y no voy a molestarlo, pero ya tú tienes trabajo en la Agencia, Lila, por qué no haces una cita con su secretaria, por la vía normal...

La chica avanzó hacia Wald y puso su rostro frente al suyo. Los labios carnosos de Lila estaban untados de rojo carmesí; sus dientes blancos, perfectos, sus ojos claros y sus cabellos rubios teñidos se ofrecieron a Wald, mientras ella ponía la mano en el miembro viril de Wald por encima del pantalón, en un jugueteo erótico que produjo una erección súbita en el falo de Wald.

—Por favor, Lila, que éste es un sitio público y nos van a ver...

—¿Y qué...?

—Lo siento, Lila, lo siento... además no quiero ver la cara de Anderson en estos días; ni siquiera quería venir hoy al trabajo.

—Lo que es la vida, querido, tú quieres salir y yo quiero entrar —dijo Lila, tocando por encima del pantalón el glande de Wald.

—Lila, en serio, déjate de vainas que nos pueden ver... —dijo Wald.

—Ya nos veremos, querido, tendré que solucionar esto por otro lado, qué se le va a hacer.

Wald sintió alivio. Terminó de sacar sus cosas del auto y cerró la puerta, para encaminarse luego al ascensor de la torre. Al llegar al piso correspondiente —el 15— se internó por el pasillo que atravesaba el conjunto de oficinas, módulos de gerencia que constituían la Agencia, de un diseño vanguardista bien realizado, iluminado y espacioso, dotado de paneles transparentes, computadoras, afiches e imágenes que componían un ambiente relajado y agradable. Wald saludó a unos y otros, a sus compañeros y compañeras de trabajo hasta llegar a su cubículo de redactor creativo, donde le esperaban carpetas y mensajes de futuras reuniones con diversos clientes. Se sentó en su cómoda butaca con ruedas, revisó los papeles, tomó algunas notas, recibió mensajes de su asistente e hizo algunas llamadas: la rutina conocida. La secretaria le notificó un mensaje importante del señor Anderson acerca de una reunión de última hora, que le inquietó un poco, cerca de la hora del mediodía. Para distraerse sacó de su maletín el libro de cuentos de John Cheever y leyó algunos párrafos de un relato; se detenía en la lectura más de lo estipulado con el fin de apreciarlo como la obra de arte que era; se

sumergió en éste al punto de desprenderse casi completamente del entorno inmediato, y en ello estaba cuando su asistente le notificó de la reunión. Wald acudió a la cita, y al entrar a la oficina del director experimentó algo extraño; el señor Anderson tenía el semblante grave y pálido, y el resto de los participantes de la reunión, creativos, redactores, diseñadores y ejecutivos de ventas también lucían semblantes serios o nerviosos. Wald se sentó en la silla que le correspondía a oír el discurso del director.

—Queridos amigos —dijo Anderson. Los he reunido aquí con el objeto de notificarles algunos acontecimientos en la compañía, y en mi vida personal. El primero de ellos es que ha muerto una hermana mía en un accidente de tránsito en extrañas circunstancias, y esto me ha afectado mucho; lo otro es que debido a la crisis económica que vive el país la compañía ha venido experimentando un descenso en su factibilidad económica, los clientes han disminuido y los productos también. Eso significa que vamos a tener que hacer unos recortes en el personal y que los sueldos no van a poderse aumentar este año. Ustedes comprenderán que esta no es una decisión personal sino una decisión que ha sido consultada con la junta directiva, la cual ha estado de acuerdo con estos recortes. Los iremos llamando uno a uno para decirles lo que pensamos, en qué consisten esos recortes y cuáles serán ahora las medidas a tomar.

Con éstas palabras las caras de los empleados palidieron. Wald también sufrió cierto sobresalto y sorpresa, aunque no le afectó en lo profundo.

—No sé si hay alguna pregunta general —aclaró Anderson. Pero repito que tendremos con ustedes entrevistas

particulares para explicarles la situación. Por ahora eso es todo.

No hubo preguntas en ese momento. Unos se encogieron de hombros, otros hicieron gestos o muecas de resignación. Los empleados fueron saliendo lentamente de la oficina del jefe, en fila, a la manera de soldados en marcha. La oficina quedó, más que sola, vacía, como flotando en sí misma, como si nadie nunca hubiese estado en ella. El señor Anderson volvió a su poltrona ejecutiva, y esta vez, en lugar de sentarse con placidez, cayó haciendo que ésta despidiese un ruido metálico y plástico a la vez, un sonido seco que perturbó al propio Anderson.

En su cubículo Wald jugó un rato con lápices y bolígrafos nerviosamente, sin anotar nada, y luego pensó en llamar a Morris, uno de sus mejores compañeros de trabajo para charlar con él, pero se contuvo; luego pensó en ir al bar a tomar un trago. Varios pensamientos le asaltaron a la vez, mientras sacaba el libro de cuentos del maletín para inmiscuirse en el mundo ficticio de aquellas páginas, que extrañamente le parecían más familiares que los acontecimientos que experimentaba en su cotidianidad. Se quedó un momento cavilando, sumergido en recuerdos infantiles y adolescentes; pensó en sus padres como si estuvieran vivos y en sus amores adolescentes; los rostros de sus antiguas enamoradas pasaron en una especie de galería instantánea, muy veloz, borrándose luego, hasta que al fin decidió volver a sus carpetas de publicista.

La secretaria le dijo que el señor Anderson le estaba convocando a una reunión urgente. Wald palideció. Entonces se encaminó con prisa a las oficinas del jefe. Anderson le estaba esperando para decirle que nada debía

temer, que él no iba a ser afectado y que estaba muy conforme con su trabajo, sólo que no iba a poder mantenerle un sueldo fijo, que podía hacer buenos trabajos a destajo, con lo cual Wald se contentó aún más. Sin embargo, en el espíritu de Wald se había operado un cambio que él mismo no podía calibrar muy bien. Dio las gracias a Anderson, y Anderson mostró para Wald una sonrisa hecha, artificial, que nada humano le transmitía.

Salió de la oficina del jefe hacia la suya, y de la suya tomó rápido hacia el ascensor del edificio que le condujo al estacionamiento, desde el cual hizo el camino de regreso hacia su departamento de modo maquinal.

Una vez en su departamento le asaltó la urgencia de ir al baño a orinar; lo hizo. Luego se refrescó la cara en el lavabo, y al mirar su rostro al espejo vio que su frente tenía unas pronunciadas arrugas, las cuales atribuyó al extraño día que había tenido. Se dio una ducha, comió algo de fruta, bebió un vaso de leche fresca y se fue a la cama a dormir, preocupado por aquellas arrugas tan intempestivas y pronunciadas dibujadas en su frente.

II

Las sombras de la noche habían tejido un denso tapiz en el aire de la habitación que sofocaron a Wald, quien, a pesar de hallarse descansando en medio de un silencioso aire acondicionado, sentía que la respiración le faltaba, o que por momentos se detenía. Se quitó la cobija del cuerpo, se paró y abrió puertas y ventanas, y aun así la densidad oscura casi podía palparse, por lo cual se vio obligado a encender la luz. Hacía calor y tenía una sed abrasadora. Fue a tomar agua, bebió un vaso y no fue suficiente; otro y otro y aun así la sed era tal que no podía explicar tanto calor por la noche; sintió mareos y volvió a recostarse, encendió el televisor para distraerse y tratar de conciliar el sueño, hasta que la modorra lo fue venciendo y terminó por dormirse.

Cuando se levantó por la mañana tenía la cabeza pesada; carecía de apetito y el mareo de la noche persistía. De cualquier modo, tomó un baño, enjabonándose bien el cabello; la espuma espesa salía en blancos chorros y pompas desde su cabeza, que duró un buen rato bajo la ducha; una vez secado el cabello descubrió que éste había crecido demasiado. Debía estar soñando aún, quizá, no podía comprender de dónde habían salido tantas arrugas y cabellos copiosos, pero los limpió y peinó bien, tratando de no darle importancia al asunto.

Decidió tomarse el día libre. Pensó dar varias vueltas por la ciudad y visitar algún amigo, quizá, o compartir unas cervezas, o llamar a una chica para ir al cine, al teatro o a un concierto y regresar luego a hacer el amor, o tal vez sólo iría a comer a un restaurante mientras hojeaba el periódico o leía un libro. Pero aquel no era el día convenido para reunirse con sus compañeros del Círculo de Keats, a quienes debía convocar al menos una semana antes. Aquella falta de decisión no era precisamente uno de los rasgos de su personalidad, el tanto titubear para decidir algo sencillo. ¿Por qué tantas dubitaciones?

Finalmente llamó a Federico, uno de sus mejores amigos, a ver qué se le ocurría.

—Te siento un poco nervioso, Wald, le había contestado Federico.

—No, nada —repuso Wald. Es que ando un tanto aburrido. Pasé una noche fatal, con un calor abrumador, y casi no pude dormir. La verdad estoy bastante intranquilo. ¿Podemos vernos en un rato?

—Sí, claro —respondió Federico. Dentro de una hora te llamo y acordamos el lugar para almorzar.

—Mejor veámonos antes para tomar un café, o algo así. Creo que me vendría bien una breve charla antes de comer.

Federico estuvo de acuerdo. Se verían antes de mediodía. Fue rápido al baño a hacer sus necesidades físicas. Después se miró al espejo y vio que su barba había crecido un poco más. En tan sólo una noche los vellos habían cubierto buena parte de la cara, incluso las cejas parecían más pobladas y unos vellos enormes salían de las orejas. No podía ser. Nunca había visto vellos tan gruesos. Tomó

una maquinilla de afeitar, luego hizo espuma con una crema para aplicarla a sus mejillas y deslizó firmemente la maquinilla por la piel arrastrando todos los pelos en la superficie, varias veces, para asegurarse de no ver más aquellos absurdos pelillos. Después se arrancó los vellos de las orejas con los dedos índice y pulgar de la mano derecha, triturándolos con las uñas, se dio un buen baño y salió fresco de la ducha con la toalla en la nuca, salpicando de gotas el piso del cuarto de baño hacia su habitación, se sentó en una silla para secarse, tarareando una vaga melodía, y al articular las precarias notas sintió un carraspeo en la garganta; tosió y de su garganta salió una flema espesa que le obligó a escupir, para luego despojarse de la toalla húmeda. ¿De dónde había salido esa flema de repente? No lo sabía.

Continuó silbando para distraerse, mientras se quitaba la ropa, y cuando se estaba poniendo los pantalones y las medias, notó que las uñas de los pies habían adquirido un color amarillento. ¿Estaba perdiendo la razón, acaso? ¿Qué estaba sucediendo en su cuerpo, y en su cabeza? Intentó ignorar este hecho, y terminó de vestirse. Abrió la nevera para servirse un vaso de agua, y mientras lo hacía vio en el interior del refrigerador un trozo de carne en una bandeja, parte de la compra de comestibles de la semana. El olor de la carne alcanzó su olfato con una intensidad enorme, al punto de excitar su paladar, algo extraño, dado que hacía rato no sentía ningún apetito, pero el aroma de la carne le hizo agua la boca al punto de tomar un tenedor para hincarlo en la carne cruda, y luego traerlo hasta colocarlo en una tabla de madera, donde lo extendió para cortarlo con un cuchillo y llevar un pedazo a su boca.

Degustándolo con placer lo mascó bien, luego cortó otro y otro más, hasta comer todo el contenido de la bandeja de carne cruda; hizo aquello del modo más natural, pero al poco rato advirtió lo anómalo de este hecho. ¿Qué estaba pasando? Wald se sumió en inquietos pensamientos mientras sentía la textura de la carne bajando por su tracto digestivo, produciéndole un placer excepcional.

Terminó de vestirse, se refrescó con colonia y tomó las llaves de su apartamento para abrir y salir a comprar el diario impreso, que le gustaba ver más que el digital, y a hacer tiempo antes de encontrarse con su amigo Federico. Llamó a su amigo para convenir el lugar de la cita, y una vez precisado se sintió mejor sabiendo que lo vería. Federico era fotógrafo profesional y trabajaba para varios diarios y revistas; era una persona muy independiente, con un gran sentido del humor y una capacidad enorme para detectar detalles de las personas en situaciones cotidianas, que lograba captar en sus fotos; con ello se había hecho acreedor de varios premios internacionales. Vivía en una casa vieja muy bonita decorada con carteles de exposiciones de grandes fotógrafos que admiraba; tenía un gato al que llamaba “Capitán” y una lora llamada “Pastora” muy graciosa y parlanchina. Los muebles de su casa estaban repletos de revistas, cintas, disquetes de música, películas, pantallas, trípodes, monitores y demás artefactos lumínicos para hacer fotos, y a Wald le gustaba aquel ambiente. De hecho, Wald prefirió verse primero ahí con Federico para compartir las cervezas y luego salir al almuerzo.

—Oye Wald —dijo Federico. Luces distinto, hay algo raro en tu cara.

—¡Entonces es cierto! —exclamó Wald. ¡No estoy loco!

—¿A qué te refieres?

—De los cambios en mi piel y de mi fatiga, de la mucha pesadez que siento en el cuerpo...

—Sí hermano, luces distinto, ni mejor ni peor, pero tu semblante se ve diferente.

—¡Pero ¡qué dices!

—¡Ja, ja, ja, ja! —terminó de reír Federico.

—Por favor, Federico, no te burles, hermano, que estoy preocupado...

—Bien, ahora vamos a comer —dijo Federico.

—Tengo mucha sed —dijo Wald.

—Entonces bebamos algo, un vino, una cerveza...

—Una cerveza me caería bien...

—De acuerdo.

Federico se dirigió al refrigerador, de donde sacó dos latas de cerveza. Tiró de la oreja de cada una de ellas. El sonido metálico de la lata al abrirse estimuló aún más a Wald, que bebió gustoso la cerveza, a grandes sorbos. Federico buscó otras dos; veía a Wald un tanto sudoroso y ansioso, mirando por una de las ventanas de la casa. Arregló unos cuantos detalles en el estudio fotográfico, mientras Wald seguía destapando y bebiendo otras cervezas. Federico tomó la suya y vino a encontrarse con su amigo, para ir luego a almorzar. Antes, Wald hizo una observación sobre una fotografía en blanco y negro que estaba colgada en la pared, con la imagen de una muchacha semidesnuda en actitud pícaro.

—Siempre me ha gustado esa foto y esa chica, qué lástima que nunca la pude conocer —dijo Wald, en tono nostálgico.

—No sé dónde andará ahora —dijo Federico, con desgano. Wald tocó la foto, como acariciando el rostro de la chica, que ostentaba unos labios carnosos y una mirada penetrante.

Salieron de la casa, atravesando calles repletas de gente, jóvenes tomados de la mano, señoras llevando perritos o bebés, ancianos con bastones: todos parecían personajes de una obra de teatro o de una película. Wald tropezó con un señor que caminaba presuroso, perdiendo el rumbo por instantes. Federico apenas se percató del suceso.

Llegaron al restaurante, una especie de tasca española repleta de comensales, bebedores y fumadores en una barra, mirando un juego de fútbol. Wald y Federico se armaron a una mesa donde fueron atendidos por un mesonero nervioso, que les enumeró rápidamente los platos del día. Wald no se sentía a gusto; el lugar era sofocante; los olores fuertes de la comida saturaban el ambiente. Ambos comieron primero un plato de minestrone y luego una pasta con albóndigas que no estaban nada mal; Federico observó el enorme apetito de Wald y se lo hizo notar, viendo cómo Wald repasaba con el pan los últimos restos de salsa en el plato y cómo bebía con avidez las cervezas, mojándose parte de la barba. La bulla y el calor terminaron por imponerse, y apenas acabaron de comer salieron rápido de ahí a tomar un café en otra parte. Federico advirtió que los gestos de Wald eran casi asquerosos y las muecas de su cara grotescas, pero no le dijo nada. En verdad no habían charlado casi; Wald se veía muy nervioso y Federico había tomado una actitud ensimismada.

—Perdona, Federico, creo que me he portado como un idiota esta tarde.

—No exageres, amigo, no exageres —repuso Federico.

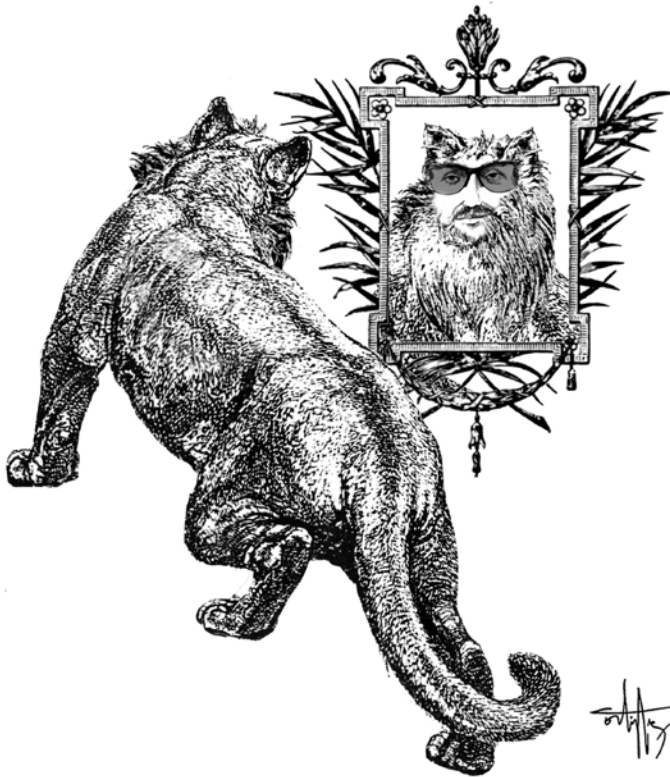
—Tengo un sopor extraño —dijo Wald. Será mejor que vaya a mi casa a descansar. No me siento bien.

—¿Qué te ocurre?

—Creo que debo descansar. Nos vemos otro día.

A Federico le pareció extraña la brusca despedida de su amigo. Lo vio alejarse por la acera de la calle, un tanto encorvado. Un poco más allá, el cuerpo de Wald lucía cabizbajo. Wald seguía avanzando lentamente cuadra tras cuadra en su auto; la fatiga le dominó estando cerca del edificio donde vivía. Dio un traspie antes de llegar al edificio y tuvo que asirse de las barandas de un portal. Daba torpes frenazos con su auto, colisionando casi con la baranda del estacionamiento. Con mucha dificultad introdujo la llave en la puerta principal, para luego entrar y subir, a duras penas, unos cuantos escalones, antes de tomar el ascensor que lo llevaría a su piso. Se topó con unos vecinos en el elevador, que le preguntaron si se sentía bien. Él no contestó. Estaba urgido de llegar. Apenas abrió la puerta de su departamento, se fue de bruces. Estando en el suelo gateó hasta el baño, sin poder contener las ganas de orinar, y sin tiempo para llegar a la poceta. Después se incorporó a duras penas para mirar su cara repleta de vellos y sus largas orejas de perro. Su boca se había convertido en hocico y sus manos en patas. Volvió a caer al piso para andar en cuatro patas, moviendo la cola y emitiendo ladridos hasta llegar al dormitorio, donde se metió bajo la cama a descansar de la pesadilla de haberse convertido en perro. Quizá a la mañana siguiente se despertaría y se convencería de que todo aquello no era sino un mal sueño, que nada de lo que estaba ocurriendo podía ser verdad.

©ortizpozo2021



ortiz

III

Wald abrió los ojos a la mañana siguiente, recordando los horribles retazos de la experiencia vivida el día anterior. Sólo que esta vez sus manos no eran patas de perro, sino garras de felino. Podía expandir las uñas y ver sus hirsutos bigotes saliendo de su cara. Ya no andaba en cuatro patas como un perro o un gato sino en dos, perfectamente erguido sobre su porte gatuno. Pero todo ello era una locura, no podía estar sucediendo, sencillamente. Se echó a llorar y sus gemidos eran maullidos profundos, cuyos ecos rebotaban de las paredes haciéndole perder el sentido. La pesadilla continuaba y él debía sobrellevarla hasta sus últimas consecuencias, so pena de parecer un loco. Todo menos eso: ser considerado un demente, un enajenado mental.

Se limpió la cara lamiendo sus mullidas patas, que pasó húmedas por su rostro con un movimiento que, pese a todo el súbito horror que le provocaba, también tenía su lado bueno, pues se trataba de una nueva sensación: moverse como gato y pensar como hombre, en una mezcla de sentimientos y movimientos extraños, a los que rápidamente fue acostumbrándose. Descubrió que su olfato era muy superior y que su oído podía percibir sonidos como si aquello fuera un sexto sentido; lo mismo ocurría con sus ojos, que podían ver en la oscuridad, traspasar la tiniebla

como si se tratase de un telescopio. En el fondo le agradaba esta condición gatuna y las ventajas que ofrecía, las posibilidades perceptivas que generaba. Además, le estaba permitido salir del aburrimiento cotidiano, del tedio y la rutina. No importaba qué viniera después; de cualquier manera, ya había experimentado la sensación de ser perro y no le había gustado, aquella debilidad y sumisión que no iban para nada con él.

Al mirarse al espejo no toda su cara respondía a las facciones de un gato; sólo la nariz y los ojos se asemejaban a los de un felino; podía ser un tigre o un puma, no lo sabía bien, pero era un rostro sin duda elegante, de mucha categoría. Aunque situado en el borde mismo de una pesadilla, Wald dio unos toques a su bigote, sin poder distinguir si aquello que vivía era realidad o fantasía, una ficción novelesca o un largo sueño, pero en todo caso no podía despertar sin dejar de sentirse una especie de espectador de sí mismo.

Trató de ponerse nueva ropa, pero ésta no le venía bien, ni los zapatos le calzaban, y así pudo constatar la realidad de los hechos, pues en los sueños no existía este tipo de lógica. Quedó desnudo caminando en sus dos piernas de piel sedosa. Se colocó un calzoncillo para no perder el sentido de realidad humana, y luego se cubrió con una nueva bata color azul marino muy bonita, que le daba un aire de caballero triunfador. Tenía frente a sí el reto de confrontarse con la realidad exterior, con la cotidianidad de la calle. Ya no sabía cómo hacerlo.

Sintió unas ganas tremendas de comer un filete de pescado; no pudo hacerlo y se conformó con unas sardinas enlatadas que sacó, una por una, del recipiente para colocarlas

sobre rebanadas de pan y saborearlas con fruición. Después bebió una gaseosa y fumó un cigarrillo, cosa que le pareció extraordinaria, que un gato-hombre estuviese ahora fumando, metido en una bata azul marino.

Se dirigió a la ventana y miró hacia abajo. Extrañamente no había casi gente allá abajo, el movimiento de los transeúntes era lerdo, los automóviles iban despacio, como si por momentos estuviesen siendo filmados en cámara lenta, y casi no hacían ruido. Algunas moscas entraron por la ventana y volaron en círculo sobre las latas vacías de sardinas y los tachos de basura, atraídas por el fuerte olor. Wald las espantó con la mano y éstas volaron unas hacia afuera de nuevo y otras fueron a detenerse sobre algunas migas de pan que se habían posado en la mesa. Pensó en las moscas. Éstas le imprimían mayor realidad a las absurdas escenas que estaban acaeciendo en su departamento, del que no le provocaba salir por ahora. Pasó la tarde mirando revistas, evitando ver televisión u oír música, pues cuando algunas notas musicales salieron de la radio sintió una interminable tristeza, una especie de nostalgia pegajosa, un sentimiento de melancolía por algo desconocido, y eso no le gustaba, no podía comprenderlo.

La tarde fue cayendo lentamente, y dentro de Wald comenzaron a ocurrir otros cambios sorpresivos; primero una suerte de hinchazón interior, un fortalecimiento de la intuición que, a medida que se acercaba la noche, se iba agudizando. Primero sintió la necesidad de echarse en el suelo y dormir un poco, luego arrastrarse en pequeños trancos por la alfombra para seguir pensando, leyendo u oliendo aromas extraños que venían del exterior. Después

comenzó a caminar como un cuadrúpedo hasta acomodarse al mueble, donde se enrolló divinamente entre unos cojines hasta quedar dormido. Al poco rato despertó, ya de noche, descubriendo que su tamaño se había reducido hasta las dimensiones de un gato normal, y esto le gustó mucho, pues podía desplazarse con más agilidad. Dio un maullido placentero, a través del cual se dio ánimos para deslizarse hacia un agujero en la ventana, el cual atravesó para desplazarse libremente por los tejados. Se sentía maravillosamente bien saltando de techo en techo, escurreándose por bajantes, capiteles, tejas, cornisas, alambrados, haciendo ondear el rabo y dirigiendo su mirada hacia la luna, que relucía en el cielo con su luz blanca, radiante, que le inspiraba los pensamientos más desasidos de este mundo, como si pudiese ver lo que había detrás de la otra cara de aquel satélite iluminado indirectamente por el sol, y ella, la luna, guiaba sus pasos por aquellas platabandas urbanas desde donde divisó la figura de una gata que iba también por allí tejiendo sus sueños, buscando comidas o aventuras, lo mismo que él, cazar algún ratón o pajarillo, cualquier cosa que les hiciera vivir intensamente los misterios de la noche, los azares y bifurcaciones que pudieran tomar sus vidas al encuentro de alguna sorpresa, como en efecto era aquella gata cuando Wald la vio, percibiendo en ella una fuerte atracción, pues había proferido algunos maullidos al verle, y deseaba quizá transmitirle algo, la presencia súbita de un gato negro de ojos amarillos que irradiaban una enorme fuerza de sobrevivencia. Se había inmiscuido, en un tris, en una situación pasional, en una refriega sexual entre un gato y una gata del vecindario. Al parecer la gata estaba siendo perseguida por este felino

agresivo, proveniente de otro vecindario, que la llevaba asediada durante varias noches.

Cuando el otro felino apareció, la gata amarilla salió corriendo velozmente en dirección a Wald, y éste supo protegerla poniéndola detrás de sí e interrumpiendo al otro, al gato negro. Se había inmiscuido ya en aquella refriega, defendiendo a aquella gata desconocida. Pero no tenía otra opción. Así que se enfrentó al contrincante. Miró los ojos de la gata primero, y después sostuvo la mirada terrible del gato negro, miró a la luna en lo alto y preparó sus garras y sus dientes, para esperar la acometida más feroz que había sufrido en su vida.

El gato negro tomó impulso y dio un salto veloz hasta aterrizar en el cuerpo de Wald para derribarlo. Le mordió la nuca y rodó con él por la platabanda, dando mordiscos y arañazos sangrientos; las gotas carmesíes salpicaban el aire, mientras los maullidos sonaban téticos en el silencio de la noche; exhaustos ambos felinos, Wald sacó fuerzas de sus últimas fibras y dio un salto para caer en la garganta del gato negro, mordiéndolo, y el gato negro lo apartó con un zarpazo enviándolo lejos, hacia donde corrió la gata, mirándole a Wald agradecida y excitada. Corrieron juntos, ella más veloz que él, se detenía de cuando en cuando para ver cómo se encontraba; Wald estaba maltrecho, se arrastraba por un terreno escarpado junto a ella, que lamía sus heridas con una dulzura sublime y luego le brindó su amor, como nunca antes lo había sentido. Quedó exhausto un rato, mirando unas nubes azules que cruzaban por el rostro de la luna, y lloró de felicidad en aquel momento, mientras avanzaba a pasos cortos al lado de la gata, cojeando, con las heridas

abiertas pero feliz, avanzando hacia la ventana de su casa. Se sentía la brisa fría, se veían a lo lejos las estrellas titilantes y algunos murciélagos pasaban raudos, mientras la ciudad toda emitía una especie de bostezo y Wald saboreaba su primera victoria.

Divisó la ventana de su apartamento allá lejos, se veía la luz de la cocina y avanzó hasta el agujero por donde se había colado, pero también advirtió con tristeza que la gata se había ido de su lado, había desaparecido de pronto; se detuvo un rato para mirar en derredor pero no había rastros de ella, y estaba ya muy cansado para emprender una nueva pesquisa; de modo que siguió adelante hacia su departamento, se coló por el agujero hacia la morada y ahí reconoció sus cosas, el cuarto, la cocina, sus muebles y cojines, donde se recostó a lamer y sanar sus heridas, y así estuvo un buen rato recordando a retazos la reciente aventura, hasta que fue entrando lentamente en los dominios del sueño.

IV

Qué mañana tan fría, pensó Wald. En los huesos sentía una completa pesadez; una temperatura innatural invadió todo su cuerpo. Los párpados se negaban a abrir, la cabeza le pesaba una tonelada. Esta vez el mueble le resultaba incómodo para descansar, pues había recuperado su tamaño natural y su cuerpo de humano; las extremidades gatunas habían desaparecido durante la noche. Se irguió, sintiendo ahora una fortaleza física considerable. Con movimientos calculados se dirigió a la ventana del departamento y miró hacia afuera; regresó a la cocina y todo estaba en orden, excepto las latas de sardina de la noche anterior tiradas en el fregadero. Después se dirigió al lavabo y al mirarse al espejo su rostro era otro, de líneas duras, casi geométricas, penetrado de una expresión fría en los ojos; tanto, que sintió temor de sí mismo; el agua le resultaba repelente. Dejó el cepillo de dientes a un lado. No tenía ganas de lavarse y tampoco de orinar ni defecar y mucho menos darse un baño, cosa que le pareció extraña dado su hábito de mantenerse fresco y aseado. Su cuerpo recibía mensajes de su cerebro de manera vertiginosa, como enviados por una maquinaria o una computadora, como si no fuesen suyos si no ordenados por otra conciencia o voluntad, órdenes de un cerebro superior. Una conciencia alterna, compleja, comenzó a

generar imágenes para su trabajo publicitario, una lluvia de ideas que deseó estar compartiendo en ese momento con su equipo en la Agencia Klum, discutiendo los detalles con su jefe Anderson y con las bellas mujeres que le rodeaban en su oficina, algunas de las cuales habían sido amantes suyas. Estaba dotado de una enorme energía creativa que deseaba compartir; al mismo tiempo se le ocurrieron montones de ideas para relatos y poemas, imágenes geniales que debían ser plasmadas en obras literarias o discutidas con sus amigos del Círculo de Keats, se encontraba inundado de un fervor creativo como nunca antes.

Lo extraño, ahora, era que no sentía apetito ni sed. Se quitó la ropa interior y se colocó otra nueva, pantalón, camisa medias y zapatos, tomó las llaves del auto; mientras lo hacía recordó parte de su aventura nocturna metido en el cuerpo de un gato y el combate sostenido con su oponente de piel negra en defensa de la maravillosa gata que había solicitado su ayuda; las heridas que había sufrido en su trayecto al departamento, pero aquello le parecía lejano, perteneciente a otro mundo o a otra realidad. Salió del departamento dando un portazo, directo al estacionamiento, poseído de un nuevo vigor, resuelto a dejar atrás la monotonía de su vida, la cual requería de un cambio. La situación social y económica de su país era desastrosa y el gobierno, según opinaba la mayoría, no servía para nada; su situación personal se hacía cada vez más anodina, no había conocido en los últimos años a ninguna mujer que lo entusiasmara, una mujer desenvuelta e inteligente, sólo a chicas bonitas que sólo querían saborear el poder o el dinero, exceptuando a Vanessa Turner, de quien estaba

enamorado, y cuyo amor era imposible. Vivía un bloqueo creativo que le había impedido escribir algo sustancioso u original, tenía un conflicto con la realidad concreta a la cual superponía una realidad y luego otra, fantasmal o ficticia, que le parecía mucho más interesante; en fin, había suficientes razones para aceptar su nueva condición de mutante.

Después de hacer estas consideraciones, Wald entró a su automóvil y sintió una identificación inusual con ese objeto; pensó que el auto era parte de él, de su cuerpo o incluso de su alma, que ese artefacto estaba hecho a su medida y que no podría nunca prescindir de él. Antes de poner en marcha el auto, lo acarició, tocó suavemente sus puertas y vidrios, luego el volante. Al encenderlo, el ruido del motor le produjo un extraño placer, una sensación de naturaleza inhumana que no podía comprender, pero ya estaba acostumbrado a eso, a no comprender, de modo que siguió adelante con sus nuevos sentimientos hacia el coche, le fascinaban el ruido de la máquina y el traqueteo de los cambios de velocidad, disfrutó como nunca del trayecto a su oficina en aquel aparato. Al llegar al sitio asignado en el estacionamiento de la Torre Klum, se quedó un rato observando a su coche y estuvo a punto de darle un beso en la capota. Rio para sus adentros, como felicitándose por aquel breve rapto de locura. Llegó a su oficina, exultante, saludando a todo el mundo con gestos galantes, casi anticuados, advirtiéndole en él una alegría un tanto postiza, fingida, que no se correspondía con su temperamento real, pero siguió adelante silbando, entró a su oficina besando a la secretaria y convocando a una reunión de creativos para iniciar una campaña publicitaria para el

lanzamiento de un nuevo modelo de teléfono celular, que estaba a punto de ser posicionado en el mercado.

Los creativos asistieron de inmediato a la reunión convocada. Wald desplegó sus ideas con claridad, las cuales resultaron no sólo convincentes sino brillantes, celebradas luego por el mismo señor Anderson, que nunca había visto a Wald tan entusiasmado con un proyecto. Destinaría una buena suma de dinero a la campaña con las ideas de Wald, era imposible que fallara, anotó Anderson. Lo invitó a almorzar ese día y Wald aceptó por cortesía, pues ese día no había sentido apetito ni sed, (a él, a quien gustaba tanto beber y comer) y no comprendía cómo de repente sentía este rechazo, y tampoco cómo había logrado mantenerse durante todo el día sin probar bocado. En cambio, le gustaba disfrutar del aire puro, de las ráfagas de viento que se colaban por puertas y ventanas.

A pesar de su entusiasmo, el señor Anderson notó rasgos extraños en el comportamiento de Wald, quien había tomado el recipiente del aceite de oliva para jugar con éste, poniendo en un plato un chorrito de aceite con sal, luego probándolo con la punta del dedo; en otra ocasión se untó de aceite el dorso de la mano, frotándolo contra las yemas de los dedos.

—¿Qué haces Wald, qué ocurre?

—Perdone señor Anderson. La verdad me provocó hacer esto, no sé porque sentí tanto placer— ¿cómo está la comida?

—No te comprendo, Wald, te estás perdiendo de un platillo delicioso, de este estofado y este vino rojo. Te traje aquí para celebrar el lanzamiento del teléfono, esa

campana que diseñaste es algo genial, y ahora tú estás ahí llenándote las manos de aceite...

—Tampoco yo lo comprendo, jefe. No me ha dado hambre en todo el día, no lo entiendo.

—Lo que digas, Wald, te lo pierdes. De todos modos, te felicito. También hay algo raro en tu piel, no sé si te has dado cuenta, tienes un color opaco, cetrino diría yo. Te lo digo en serio.

Wald se observó bien la piel. Anderson tenía razón. La piel había adquirido una tonalidad verduzca, y eso lo alarmó.

—Caramba, Anderson esto es muy extraño, de veras no sé de dónde ha salido este color de piel; mire, ahora se está acentuando.

Anderson se levantó de la silla, al ver cómo la cara de Wald iba adquiriendo aquella coloración.

—Tendremos que ir a algún centro médico para que te vean eso. La verdad nunca había visto algo así —dijo Anderson.

Abandonaron el restaurante y fueron en el auto de Anderson. Había empezado a lloviznar y la ciudad de pronto se había puesto gris, penetrada de ráfagas de viento húmedo. Wald se quedó dormido un rato en el asiento, y Anderson vio cómo de repente aquella vitalidad se había convertido en debilidad. Le costó trabajo despertar a Wald, que se había quedado profundamente dormido. El color cetrino de la piel había aumentado, y Anderson estaba preocupado. Wald despertó a duras penas, y ambos ingresaron al centro médico —al cual estaba afiliado la empresa— para observar el estado físico de Wald. Los hicieron aguardar un rato y luego los invitaron a pasar

al consultorio. El médico de guardia le tomó a Wald el pulso y quedó alarmado con las otras inspecciones físicas en músculos y huesos; el doctor abrió los ojos desmesuradamente y fue a llamar a otros médicos para consultarles acerca de los síntomas observados. Hicieron preguntas recurrentes a Wald, que éste contestó con fastidio, para luego ser ingresado a otra unidad del centro médico.

—¿Qué me ocurre, doctor? ¿qué tengo? —preguntó Wald.

—La verdad, no lo sabemos, amigo... no podemos darle un diagnóstico de lo que padece, todavía, no habíamos visto algo así. Tendrá que quedarse un poco más para hacerle nuevos exámenes.

—Mi jefe espera allá afuera, hay que avisarle. Ya he abusado demasiado de su paciencia. Ahora me largaré de aquí —dijo Wald.

—Comete un error, amigo, su estado físico no anda nada bien, por lo que debe quedarse.

—Vendré otro día, por lo pronto buscaré a mi amigo allá afuera,

—Comoquiera amigo, pero le repito...

Le digo que vendré otro día —dijo Wald, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia afuera a encontrarse con Anderson.

Apenas podía caminar. Se encontró con Anderson y fue con él hasta el automóvil, comentándole todo lo que le habían dicho en la clínica, y que al día siguiente vendría a verse con los médicos, cuando se sintiese más repuesto, lo cual implicaba un contrasentido.

—Pero eso es absurdo, Wald, ahora seguro te iban a indicar un tratamiento y tú te marchas. Te ves muy mal,

la verdad, por la mañana lucías como un titán saludable, y ahora mírate, pareces una piltrafa. Descansa, vale, que mañana tienes que venir y someterte a un tratamiento, porque de lo contrario...

—Llévame a casa, Anderson, que no puedo más, te estaré avisando de todo lo que ocurra...

—De acuerdo, Wald, como quieras, descansa, pero me avisas de todo antes...

Llegaron en horas de la tarde al sector de la ciudad donde vivía Wald. Anderson lo acompañó hasta la puerta del edificio. Vio cuando Wald introdujo la llave en la puerta, con mucha dificultad, pues las manos le temblaban.

—¿Estás seguro de que puedes subir solo? —preguntó Anderson.

—Sí, claro, no te preocupes Anderson, te estaré llamando, y perdona tantos percances.

—Nos vemos mañana entonces...

—Hasta mañana.

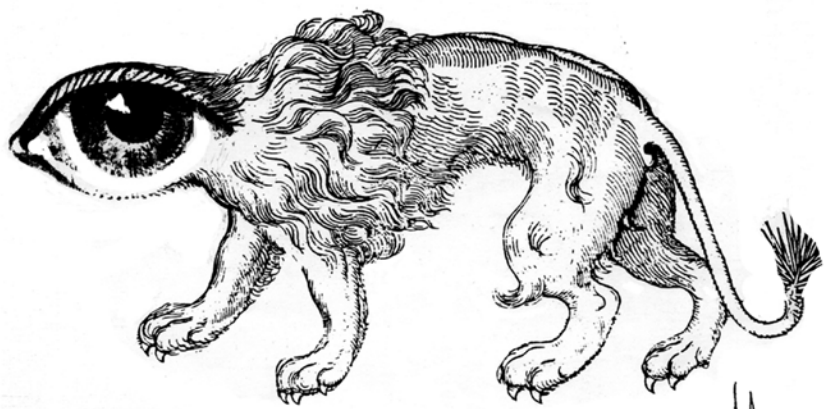
Wald camino haciendo lo posible por no irse de bruces. A paso lento llegó hasta el ascensor, aguardó a que la puerta se abriera, oprimió el botón del piso correspondiente. Al llegar frente a su departamento, logró con dificultad introducir la llave para abrir la puerta, caminó unos pasos y se desplomó sobre el sofá. Le dio temor levantarse luego para ir al baño a verse al espejo, pues a pesar de la inyección y los medicamentos que le habían administrado, éstos no pudieron detener el escalofrío que llevaba dentro, aunque el color verduzco de su piel había disminuido un poco. Buscó una cobija para cubrirse del frío que amenazaba invadirlo de nuevo, y se levantó para ir a su cama en el dormitorio donde había libros, revistas,

monitores para ver televisión. Se miró las huesudas y gélidas manos. Uno de sus dedos estaba como paralizado, no podía moverlo. Tomó la yema del dedo índice de la mano derecha con el índice y el pulgar de la mano izquierda, y poco a poco la piel fue cediendo hasta revelar, en la punta despellejada, cómo avanzaba un dolor agudo. Al caer completamente la piel de la yema, Wald vio con asombro que, en lugar de un hueso, tenía allí un trozo de metal. A eso se debía el frío espantoso que había experimentado desde el principio del día. Por sus venas ya no corría sangre ni su cuerpo requería de agua ni de alimento. Durante todo aquel día Wald no se había comportado como un ser humano de carne y hueso, sino como una máquina. Apretándose el dedo metálico, rompió en llanto, preguntándose, en medio de un gran desasosiego, por qué todas aquellas cosas le estaban ocurriendo justamente a él. Tomó la cobija, se enrolló con ella y se metió en la cama a tratar de dormir, con la esperanza de que al día siguiente toda aquella pesadilla desapareciera.

V

Para alegría de Wald, el cambio en su cuerpo se había operado durante la noche. Ya no estaba ahí el dedo metálico ni el escalofrío interior; su piel era de color normal (morena) y la fatiga había desaparecido con el descanso. Suspiró aliviado. Ahora la sed lo abrasaba. Salió hacia la cocina a beber agua fresca. Lavó su cara y su boca, tomó unas tijeras y cortó varios mechones rebeldes de cabello, se rasuró y colocó loción. Sus párpados estaban hinchados, pero el color de su piel había retornado. Surgió en él un hambre voraz pero no sólo de comida, sino de sexo. Pensó en Lila y en Vanessa al mismo tiempo, en el extraordinario cuerpo de Lila y en lo bien que se movía mientras ambos cabalgaban en el acto sexual y en los orgasmos obtenidos, y se excitaba aún más pensando cómo serían aquellos orgasmos si los obtenía junto a Vanessa, cuando ese placer final pudiera ser acompañado con el amor de la mujer a quien quería sólo para él, algo por el momento imposible. Pero el deseo lo embargaba de tal modo que pensó en auto complacerse, masturbarse. Desechó la idea, la volvió a retomar y finalmente lo hizo, se masturbó y se sintió un poco mejor, limpió rápido el semen con una servilleta y la arrojó al tacho de basura, se dio un baño y luego se zampó un desayuno descomunal, huevos, chorizos, arvejas, plátano, queso, empanadas, jugo, café. El

©ortizpozo2021



A stylized, handwritten signature of the artist, located in the bottom right corner of the illustration's frame.

hartazgo le obligó a regresar un rato a la cama, donde se puso a mirar la televisión sin fijar la atención en ningún programa preciso, imágenes fragmentarias que aparecían al cambiar los canales. Debía resolver pronto este asunto del deseo sexual desbocado, de modo que llamó a Lila para hacer una cita con ella, pero la llamada no obtuvo respuesta inmediata. Si la cosa seguía así, acudiría quizás a un prostíbulo, no sabía bien qué hacer, pero aquel deseo le surgía de lo profundo. Por lo pronto se sirvió un par de tragos, fumó un cigarrillo y salió a dar unas vueltas por el centro antes de volver otra vez a la torre Klum, a encontrarse con Anderson y los otros estúpidos de la oficina que se creían triunfadores, eso pensó, aquella caterva de gerentes cabezas huecas que andaban por allí echando pinta y llevando sus vidas vacías, pensó, estaba lleno de furia y de resentimiento y algún día renunciaría a aquella basura de la publicidad y las campañas de productos para dedicarse a la poesía, a la lectura y a la buena literatura, se ganaría la vida como periodista literario y hasta podría conocer a una mujer bella e inteligente, por qué no, una revolucionaria con cerebro que lo sacara de aquel entorno mediocre, de aquella rutina vacía.

Estaba sentado en un banco del parque pensando en todo esto cuando de repente vio la imagen más hermosa que podía esperar, una especie de aparición celestial: Vanessa Turner. Hasta el nombre parecía de otro planeta, venía en dirección al parque y no podía evitar encontrarla; se levantó del banco con el mejor entusiasmo que podía caberle en el cuerpo para recibir a su musa. En efecto, Vanessa lucía hermosa, una morena extraordinaria con el cabello alborotado, un vestido liviano que hacía resaltar

su cuerpo monumental y aquella sonrisa, aquella simpatía natural, una voz cálida y una risa que oía como si fuese un manantial de sonidos. Al verla Wald sintió taquicardias y excitación, todos los sentidos se le aguzaron cuando la tuvo cerca, estampándole un beso en la mejilla y ella otro a él, qué bueno es verte Vanessa, qué linda estás; me alegro de verte, Wald, estás perdido de la casa, cómo va la poesía, cuando nos reunimos en el Círculo de Keats a leer poemas, le preguntó. Vanessa tenía dos hijos con Mauricio, y Wald no iba a casa a visitarles para evitar complicaciones. Él sabía de la simpatía de ella hacia él y tenía miedo de ceder ante el deseo suyo; ahora lo podía sentir aún más, y Wald no pudo contenerse esta vez y la miró con lujuria, la desnudó con los ojos, la traspasó con una mirada deseosa y ella pudo sentir todo ese poder como nunca antes, le estaba diciendo todo con la mirada, el tacto y el beso, que la necesitaba desesperadamente, estaba completamente loco por ella y se lo dijo, al fin se lo dijo, sus palabras salieron de su boca en una especie de borrachera verbal, le importaba un pepino Mauricio, total ya tenía tiempo que no lo veía, y las cosas ya habían cambiado entre ellos.

Vanessa se ruborizó, le subió la sangre a las mejillas y estaba tremendamente nerviosa, cuestión que excitó aún más a Wald, a quien le provocó morderla, comérsela a besos. Se despidieron, pero ya los códigos se habían intercambiado, los mensajes eróticos estaban emitidos: era un gran paso en la resolución del conflicto gozoso.

Se sintió bien. Ya se lo dije, ya lo sabe, ahora que ocurra lo que tiene que ocurrir, carajo, ahora voy por una botella de buen vino rojo para calmar esta sed agobiante,

pensó, como si protagonizara la letra de un bolero. Se sentía aliviado, realizado, con aquella declaración de amor. La vida da muchas vueltas, y quizá en una de esas vueltas Vanessa llegue a mis brazos, quién sabe, pensó. Pero su objetivo ahora era beber buen vino tinto. Acudió a una licorería donde adquirió tres botellas que llevó a su auto. Llamaría a Federico o a Lila, a alguien con quien poder compartir aquella sed de vida y de sexo que estaba experimentando, e iba a lograrlo como fuera. Desde su teléfono celular (el mismo que estaba estrenando con motivo de la campaña publicitaria diseñada por él), Wald marcó de nuevo el número telefónico de Lila, que seguía sin contestar, y después marcó el de Federico, que al instante fue respondido. Wald no dudó en acercarse hasta la casa de su amigo para referirle cuanto le había sucedido, narrarle las infidencias relacionadas con el funcionamiento de su cuerpo.

En casa de Federico se sentía de maravilla, mejor incluso que en su propio departamento, adoraba a aquellos animales el perro y la cotorra, y ahí entre tragos de vino le fue contando a su amigo los distintos síntomas, reacciones y cambios de su cuerpo durante los últimos días, ante lo cual Federico quedó impresionado. Incluso ahora veía en el semblante de Wald un rasgo distinto que no sabía distinguir bien, algo vulgar, primario, elemental se apoderaba de él mientras hablaba, poniendo énfasis en cosas pueriles y perdiendo la perspectiva de profundidad, como era su tendencia natural. Bebía el vino muy rápido, sin degustarlo; alzaba la voz por nada, sin necesidad incluso, gritaba. Así consumió él solo la primera botella de vino. Al darse cuenta, Wald se disculpó con Federico.

—No sé qué me pasa, Federico. Últimamente han pasado muchas cosas que no sé explicar. Será mejor que me ayudes. Me pasó con el jefe Anderson en la torre Klum y después durante el almuerzo... no puedo recordarlo... fue terrible Federico... fue terrible... —dijo, a punto de romper en llanto.

—Vamos, vamos —dijo Federico, en tono consolador. Pongamos algo de música y cocinemos algo, o invitemos a unas amigas. Ya voy a llamar a Diana; le diré si puede invitar a otra amiga a ver si nos hacen compañía y pasamos un rato agradable —dijo Federico.

—Buena idea. Hoy amanecí con la libido alborotada, he estado todo el día pensando en sexo, lo puedes creer... —dijo Wald.

—Bueno, prepárate entonces. Pero no vayas a montarle un ataque a la chica mía —dijo Federico, bromeando.

Federico comenzó a preparar algo en la cocina, mientras escuchaban música clásica ligera, una selección de música barroca. Wald aprovechó para hojear una antología que Federico tenía allí de poesía inglesa, como buen miembro que era del Círculo de Keats.

A LA SOLEDAD

John Keats

¡Oh, Soledad! Si contigo debo vivir,
Que no sea en el desordenado sufrir
De turbias y sombrías moradas,
Subamos juntos la escalera empinada;
Observatorio de la naturaleza,

Contemplando del valle su delicadeza,
Sus floridas laderas,
Su río cristalino corriendo;
Permitid que vigile, soñoliento,
Bajo el tejado de verdes ramas,
Donde los ciervos pasan como ráfagas,
Agitando a las abejas en sus campanas.
Pero, aunque con placer imagino
Estas dulces escenas contigo,
El suave conversar de una mente,
Cuyas palabras son imágenes inocentes,
Es el placer de mi alma; y sin duda debe ser
El mayor gozo de la humanidad,
Soñar que tu raza pueda sufrir
Por dos espíritus que juntos deciden huir.

—Oye, qué buen matrimonio hacen estos poemas de Keats con esa música barroca de fondo —anotó Wald.

Hipersensible y conmovido, Wald dejó el libro sobre la mesa y se sirvió una copa de vino. En ese momento llamaron a la puerta. Federico fue a abrir y eran las dos chicas que esperaban. Dos mujeres de cabello claro, Diana y Adela, aparecieron en escena con sendas sonrisas.

—UUhhmm, huele bien —dijo Diana, entrando y dando un beso a Federico.

Diana era muy desenvuelta; en cambio Adela tenía una mirada nerviosa, saludó y fue a sentarse en uno de los bancos de la cocina, a hacer comentarios sobre sazón de comida a Federico, quien luego le presentó a Wald. La chica no tenía ningún atributo sexual notorio o alguna belleza especial; en cambio era dueña de gestos in-

teligentes y concentrados, con una mirada firme y nada complaciente. A través de la breve conversación que tuvo con Wald, él pudo advertir que era más bien tímida, seria, proclive a conversaciones intelectuales o ideológicas. En cambio Diana, la amiga de Federico, era un derroche de risas y chistes, de ocurrencias divertidas; además de poseer un atractivo físico, con una manera de vestir y un maquillaje facial atrevidos. Wald la miró y en ese momento pensó en tener una amante como aquella, que lo satisficiera en la cama a la brevedad posible, poseído como estaba por una ansiedad incontrolable

Wald socializó con ellos cuanto pudo. Compartió el almuerzo preparado por Federico (el postre lo había traído Diana), quien no cesaba de hacer observaciones jocosas acerca de cualquier cosa, mientras su amiga Adela dejaba ver sus sonrisas forzadas cada cierto tiempo. Tomaron café y fumaron. Wald no se sentía bien después de comer y fue al baño a refrescarse el rostro; luego se recostó un poco en la cama de Federico a reposar del almuerzo opíparo que había ingerido. Federico lo fue a ver.

—¿Qué te ocurre Wald, estas aburrido? —preguntó Federico.

—No. Nada de eso, Federico, disculpa, sólo me dio un poco de modorra la comida. La cual por cierto estaba muy bien, te felicito, esos tallarines al pesto y esa ensalada capresa, me sentí instalado en Italia...

—Me tienes preocupado, Wald. La verdad, deberías ir al médico —le advirtió Federico.

—Lo mismo me dijo mi jefe Anderson en la agencia. Detesto a los médicos, ya lo sabes, pero trataré de ir mañana, porque no puedo seguir así.

Wald se quedó dormido y no pudo acompañarles a la sobremesa. Diana, Adela y Federico terminaron la velada entre ellos, oyeron música, tomaron vino, bailaron y charlaron un buen rato. Después Adela se sintió cansada y se despidió. Federico y Diana ya habían entrado en calor; estaban excitados con el vino y la música y querían estar juntos, por lo que despertaron a Wald.

—Amigo, despierta, que ya has dormido bastante —insistió Federico, dando palmadas al cuerpo de su amigo. Wald despertó y se dio cuenta de que estaba perturbando la intimidad de Federico y Diana. Estaba malhumorado y se disculpó con ambos. Se preparó para irse. Federico notó que tenía un aspecto deprimente.

—¡Adiós, y por favor discúlpennme! —dijo, antes de salir de la casa, dar un abrazo a Federico y estampar un beso en la mejilla a Diana. Ni siquiera se percató de que Adela se había ido. Tomó aire, respiró hondo antes de salir del edificio y se dirigió al otro lado de la calle, donde tenía su auto estacionado. Ya estaba cayendo la tarde y los momentos de euforia sexual que había vivido estaban un tanto atenuados, él no iba a dejar que se extinguieran tan pronto y de manera tan inexplicable. Aun le quedaba otra botella de vino y su sed de beber no se mitigaba, de modo que al llegar a su apartamento descorchó la nueva botella de Beaujolais y llamó a Lila por tercera vez, ahora acertando en la llamada. Lila acudió lo más pronto que pudo a encontrarse con Wald, deseosa como estaba de estar con él desde hacía tres días. Wald no cesaba de imaginársela en varias posiciones en la cama.

Cuando Lila llegó al departamento, no perdieron el tiempo. Se dijeron frases calientes y ambos entraron en una

temperatura erótico–pornográfica donde éste último ingrediente era disfrutado por ambos con toda su carga de vulgaridad y de violencia, y le daba a aquel acto las características de un acto perverso: era el sabor de la perversidad lo que estaban disfrutando, sin más ni más. A Wald le provocó probar con aquella mujer las posibilidades del sexo a través de posiciones, penetraciones y roces del falo, la vulva, el ano, la boca, la nariz, los pechos. Descansaban un momento y al rato volvían a iniciar el rito en la alfombra, el mueble, la cama, el piso de la cocina. Y así estuvieron toda la tarde hasta la noche, cuando ya cayeron exhaustos.

Durmieron lo suficiente. Ella despertó antes que él y preparó café. Él abrió los ojos al poco rato, estimulado por el olor del café. Cuando se apareció semi–desnudo en la cocina, Lila advirtió una exagerada palidez en su piel.

—Hola Lila, qué bien estuviste, mujer, qué bella tarde hemos pasado –dijo Wald.

—Sí, fue brutalmente divino –dijo ella. ¿Te sientes bien?

—Sí, claro... aunque me vendría bien ese café.

—Aquí tienes... –dijo Lila extendiendo la taza de bebida humeante ¿Te has visto al espejo? –preguntó Lila.

—No. Todavía no. ¿Por qué, tengo algo en la cara?

—No sé... te ves muy pálido.

Wald fue al espejo del cuarto. En verdad su piel estaba macilenta, el cabello más largo y los ojos negrísimos, casi no se veía la parte blanca. Sentía una molestia en la boca, como si sus dientes se hubieran puesto más grandes, los incisivos enormes.

—¡Dios mío!, ¿qué es esto? –exclamó. Tenía ciertamente un aspecto de demonio, tan siniestro que él mismo

se asustó con su propia imagen. Se echó agua en la cara y volvió a enjuagarse, una y otra vez, buscando disipar aquel aspecto, pero fue inútil. La lividez crecía, el hambre disminuía y la sed aumentaba.

—¿Pero qué demonios te pasa, Wald? —grito Lila.

Cuando Wald oyó la palabra “demonios” su ánimo se alebrestó y saltó como un pájaro preso en una jaula.

—¡No lo sé carajo, no sé qué me pasa! —gritó.

—Ven, vamos a distraernos un poco, bailemos algo, ven, acércate.... Lila colocó un disco compacto en el reproductor de música y trató de animar a Wald con el baile, con una música jacarandosa de salsa caribeña. Él aceptó la invitación y comenzó a moverse: la música lo fue animando poco a poco, se movía al compás del ritmo bailable con gracia, y aquello le ayudó a divertirse un poco. La alegría de la música lo transportaba a zonas de efusión, y se sintió liberado por momentos. Luego bailaron un bolero. Ambos estaban en ropa íntima, y el erotismo volvía lentamente a sus cuerpos a través de aquel sonido suave, incitador. Él le palpó el talle y las nalgas, y ella friccionaba sus muslos a su falo, que comenzaba a ponerse erecto. El cuello de Lila exhibía una exquisita blancura, una tersa epidermis que Wald pasó a morder levemente, olisqueando como si fuese un animal salvaje el lóbulo de la oreja, mientras ambos ejecutaban los pasos del bolero.

La pieza terminó y se sentaron un rato en el sofá. Wald sintió algo pesado dentro de la boca: sus dientes habían crecido, los caninos, sobre todo; los tocó con la punta de la lengua, podía sentirlos, sus puntas afiladas. Para constatar lo que ya temía, fue corriendo al cuarto y se miró al espejo: en efecto ahí estaban los colmillos, que

asomaban en su boca al modo de un vampiro parecidos a los que se ven en el cine, de un vulgar Drácula inverosímil del siglo XXI, pero esta vez no tenía nada de ficticio. Lo peor era que ahora necesitaba hincarlos, chupar, succionar el preciado líquido. Por sus ojos habían comenzado a surgir unas venillas encarnadas, horripilantes.

No perdió tiempo y fue a buscar a Lila para continuar bailando, la abrazó y se excitó con ella nuevamente; se acopló con ella a un nuevo bolero, la abrazó y se estimuló con ella otra vez, volvió a besarle el cuello y el lóbulo de la oreja, percibió su olor y su tersura, y finalmente clavó sus fuertes colmillos en el suave cuello, era maravilloso aquel placer, ya la tenía en su poder. En su primera chupada ella cedió y él continuó bebiendo la tibia sangre y disfrutando como si se tratara de un elixir divino. Lila cayó exangüe al suelo; él contempló a su primera víctima y experimentó un placer enorme al cargarla en brazos para llevarla al dormitorio y colocarla en la cama. Besó la frente de Lila y cruzó sus delicadas manos sin vida sobre su pecho; la muchacha había adquirido el color de la muerte y Wald en cambio estaba lleno de vida, con aquel plasma vital que le daba un nuevo sentido a su existencia. Pero otra parte de su ser le decía que debía protegerse. No podía dejar allí ese cadáver, debía deshacerse de él antes del proceso de descomposición; se sentó a pensar un rato y concluyó que debía envolverla en varias sábanas y luego en la alfombra, ya vería cómo la bajaba esa misma noche hasta el estacionamiento para meterla en el auto, sin ser visto.

Fue un proceso difícil y peligroso; hubo de emplear toda su inteligencia para lograr su cometido; el peso del cuerpo de Lila se había duplicado; debía aguzar sus

sentidos al límite para no ser descubierto en su coartada; una operación que le iba convirtiendo poco a poco en un despreciable ser humano, en un criminal, en un monstruo que acababa de segar la vida de una mujer inocente de la manera más horrenda. El mito del vampiro volvía a encarnar en él, ahora se había convertido en un androide sombrío que se desplazaba con un cadáver en el maletero de su auto hacia un lugar alejado de la ciudad, lo mejor era lanzarlo al río, quizá, arrastrarlo a las aguas. La policía daría inicio a las investigaciones de rigor; a él ya se le ocurriría algo cuando la policía investigara, aunque no muchas personas conocían de su relación con Lila. En fin, ya estaba de regreso a su departamento luego de haber dejado el cadáver en la corriente del río, bien envuelto en sábanas y alfombras y amarrado con mecates.

Una vez en su departamento, Wald vomitó y se dio una buena ducha, bebió agua fría, y antes de que le dieran ganas de buscar una nueva víctima para chuparle la sangre fue a la nevera, se sirvió un vaso de jugo de tomate bien helado y se metió en la cama a dormir, seguro de que al día siguiente aquella pesadilla vampírica desaparecería y él volvería a ser, quizá, el Wald normal, común y corriente de siempre.

VI

Wald sintió un enorme alivio al cerciorarse que su piel había recuperado su color y que no tenía los afilados colmillos de un vampiro. Tenía, si, la plena conciencia de haber cometido un crimen, de haber segado la vida de aquella joven. Nunca imaginó que iría a convertirse en asesino. Se sentía ligero ahora, la sangre le circulaba con liviandad en las venas, y estaba dispuesto a olvidar toda aquella pesadilla, cuyo origen desconocía.

Ese día debía atender sus tareas en el trabajo, los detalles de la campaña publicitaria que él mismo había diseñado. Se dio una buena ducha y se puso ropa deportiva, bebió jugo y café y salió a la Torre Klum al encuentro de sus obligaciones. Se hallaba bien pese el sentimiento de culpa por la muerte de Lila, que había sido inevitable, e intentaría borrar ese recuerdo a como diera lugar.

Cuando iba en el acostumbrado trayecto a su oficina, Wald experimentó una sensación refrescante, se sentía extraordinariamente libre, le provocaba volar, alzarse del piso. Cuando atravesó el pasillo central de la oficina en la agencia Klum saludando a todo el mundo, casi no fue percibido, sólo unos pocos, y a duras penas, le devolvieron el saludo. Su asistente lo atendió con una cortesía aprendida, innatural, de mera fórmula burocrática, que él captó de inmediato. Una vez en su escritorio revisó sus papeles,

realizó sus llamadas e hizo los ajustes necesarios. Sostuvo una breve reunión con los coordinadores de campaña y luego se sentó un rato frente a su escritorio a disfrutar de un café. Cuando lo estaba degustando sintió que su lengua no lograba captar bien el sabor real del café ni percibir su completo aroma. Se mantuvo ahí un rato escribiendo, y a medida que lo hacía sentía que del bolígrafo no salía la tinta como era debido y que su pulso no registraba con fidelidad cuanto deseaba expresar, así que se detuvo. Decidió ir a la oficina del jefe Anderson sin previa cita y éste lo recibió sin inconvenientes, aunque sin concederle mayor tiempo de atención, pues tenía su agenda comprometida. Se le quedó mirando Anderson a Wald.

—Wald, no sé si lo has notado, pero esta mañana te veo muy delgado, has bajado de peso. ¿Estás haciendo dieta?

—No, Anderson, no hago dieta, pero es cierto, me he sentido muy liviano hoy, desde esta mañana tengo una sensación de ligereza en todo el cuerpo, no sé qué me ocurre.

—No sé qué le parece a usted, señora Domínguez, le consultó Anderson a su Secretaria Ejecutiva ¿No cree usted que Wald está muy delgado?

—Pero no se ve nada mal, tiene hasta cara de felicidad, pero está muy flaco, señor Estévez —hizo énfasis la señora Domínguez en el apellido de Wald, que casi nadie pronunciaba nunca.

—Yo mismo no puedo creerlo —dijo Wald, bueno, nada, sólo quería saludar. Tendré que ir al médico tarde o temprano, como usted me sugirió señor Anderson, mañana mismo hago la cita.

—Es urgente, creo yo — dijo Anderson.

Wald se retiró, visiblemente preocupado. Su consistencia corpórea estaba disminuyendo notablemente, y no sabía por qué. Se obligó a tomar el almuerzo, aunque sin apetito suficiente. Se detuvo en la calle y comió un emparedado de queso y jamón, acompañándolo de una gaseosa. Sus dedos eran flacos, la camisa le quedaba muy holgada; empezaba a pisarse con los zapatos el ruedo de los pantalones: era obvio que se estaba encogiéndose. Hizo esfuerzos para no tropezar en la calle. Marcó en el teléfono celular el número de Federico, de quien oyó la voz muy lejana y trató de referirle cuanto le estaba ocurriendo, pero Federico no podía escucharle bien. Alzó la voz cuanto pudo, gritó, pero era inútil: su voz se hacía inaudible. Se consiguió con vecinos de su edificio de residencia que le saludaron atónitos, abriendo los ojos desmesuradamente, y Wald no tuvo para ellos más que una mueca de vergüenza. Abrió la puerta del departamento y se apresuró a ir a su habitación, se echó en la cama, se quitó los pantalones y vio con horror que una de sus piernas no existía y una de sus manos estaba comenzando a desvanecerse en el aire, transparentando primero sus venas, articulaciones y huesos, para luego desaparecer completamente ante sus atónitos ojos. Pero no estaba cojo ni manco. La mitad de su cara también había desaparecido; era como si le hubieran asestado un violento hachazo transversal en la mitad del cuerpo, de la cabeza a los pies: podía ver algunos de sus músculos colgando, venas cercenadas, nervios al aire... pero su cerebro no dejaba de pensar ni había sangre derramada, su mente funcionaba y su corazón latía. De los ojos le surgieron varias lágrimas;

de hecho ya había pisado los terrenos de la locura, era un mutante de la noche a la mañana, un vampiro, un clon, un demonio, un enfermo, un criminal, todo a la vez, y no había manera de detener aquello; sus instintos, deseos y anhelos habían entrado en un laberinto ciego, en una calle sin salida, en una pregunta sin respuesta, todo aquello producto de pensamientos inconfesables, trancos o secretos, tenía que salir de aquel infierno cuanto antes acudiendo a quien fuese, a un amigo, a un doctor, a un brujo, a un detective, a un policía o un sacerdote, a quien fuese, y al mismo tiempo ninguno de ellos podía resolver aquel enigma, no le creerían, le dirían que todo aquello era el producto de una imaginación enfermiza o insensata, una suma de perversidades que se iban acumulando en su memoria o en su mente, no sabía por dónde comenzaría y qué le aguardaría el resto del día, estaba desapareciendo ante la vista de todos y ahora quizá al siguiente día ya no existiría, dejaría este mundo sin la menor señal o quizá se convertiría en otro monstruo, eso era lo más seguro, le daba miedo dormir, soñar, levantarse o acostarse, su enfermedad se había apoderado de su realidad.

Tenía que confiar en Federico, su mejor amigo. No tenía hermanos (todos habían muerto), pero tenía un departamento y un trabajo, amantes, compañeros y artistas, después de todo era una persona que podía ser considerada exitosa; tenía también la esperanza de conseguir a alguna joven bonita e inteligente para casarse y tener hijos, eso se lo repetía a menudo, cuarenta años era una muy buena edad para contraer matrimonio y tener una prole, dos hijos estaría bien, una mujer y un hombre que tal vez se casarían y le darían varios nietos y entonces él sería un

feliz abuelo y con ello coronaría su vida, qué más podía pedir en este mundo repleto de soledad e injusticia.

En estos pensamientos se hallaba cuando descubrió con alivio que su otra parte borrada del cuerpo había comenzado a aparecer nuevamente, a lo mejor aquello era obra de los pensamientos esperanzadores que estaba teniendo, pero la pierna había comenzado a dibujársele otra vez, un ojo de la cara había aparecido debajo de su precario mechón de pelos y estaba conmovido por ello, y hasta se animó a llamar a Federico para dirigirse a su casa y contarle todo personalmente, o mejor le diría a Federico que viniera a su casa, dadas las condiciones actuales, no debía tardar.

Federico se apresuró todo lo que pudo y llegó agitado a casa de Wald esperando ver a una especie de monstruo, pero se encontró más bien con una suerte de espectro, tan débil y delgado se encontraba, con partes de su cuerpo que no existían. Federico dio un grito de pavor que retumbó por todos los espacios del departamento y ello preocupó sobremanera a Wald, no se fuesen a alarmar los vecinos, de quienes siempre se cuidaba debido a sus permanentes murmuraciones. Federico se restregaba los ojos negándose a creer que su amigo pudiera adquirir aquella forma irreal. Se sentaron ambos uno al lado del otro en la cama del dormitorio y se pusieron a hablar de esto y aquello, Wald le relató con detalle cuanto había ocurrido, mientras Federico observaba de reojo una pierna transparente de Wald, con las venillas flotando en una piel líquida y los nervios temblando como diminutas raíces blancas que se movían con descargas eléctricas. Apenas podía dar crédito a aquella historia insólita, propia de una novela fantástica. Pero

lo tenía a Wald al frente y veía aquellos ojos hundidos y aquella piel translúcida, aquella delgadez espectral que ya no deseaba presenciar más, so pena de saberse loco él también. Mientras más lo pensaba más le parecía todo aquello una patética alucinación, viendo a su amigo fumando y echando humo por una sola parte de su rostro o arrastrando una pierna enjuta, no sabía qué hacer ni a quién acudir. Le recomendó entonces a Wald que volviera a la cama y tratara de descansar mientras él traía a un médico.

—¿A un médico? —preguntó Wald. ¿Y qué podría hacer un médico en este caso? ¿Recomendarme una inyección o unas pastillas, o acaso reposo absoluto? Es absurdo, Federico.

—Entonces ¿a quién acudir, Wald, a quién? —inquirió Federico.

—Pues no lo sé, Federico, en este caso sería un sacerdote o un brujo el que necesitamos, pues lo que yo estoy padeciendo no se quita con médicos.

—Quizá tengas razón, Wald. Yo la verdad no conozco a ningún cura de confianza, que de pronto pudiera salirnos con que habría que hacer un exorcismo o algo así. ¿Cómo te sientes ahora?

—Me siento débil, Federico, casi no tengo fuerzas. Pero no me sucede nada. Déjame dormir un rato y después vemos cómo evoluciono durante el sueño. Duerme tú también un rato, que luces muy cansado y alterado.

—Yo nunca vi algo así en toda mi vida, a un hombre desapareciendo ante mis propios ojos, mucho menos a mi mejor amigo.

—No me lo recuerdes, hermano. Ahora vamos a dormir. Al lado ya está arreglada la habitación donde te vas

a quedar. Mañana es otro día. Espero que todo este mal sueño termine y las cosas vuelvan a ser como eran antes.

—Sí —dijo Wald, mirando a su amigo desde su rostro consumido, sin carnes, donde se veía sólo una calavera donde se distinguían dos ojos enormes, que apenas se sostenían en sus cuencas.

VII

Wald se durmió profundamente. Descendió en un laberinto onírico como nunca antes. Caía en niveles de sueño tan profundos que ya no pudo saber la diferencia entre el estar dormido y el estar despierto, estaba tan dentro del sueño que el sueño mismo se hizo más vida que la vida de la vigilia, sin poder despertar de él esta vez. Soñó que estaba en la casa de su infancia, andaba con su padre y su madre tomados de la mano hacia la escuela; después iban a pasear por plazas y parques y llegaron a una ciudad donde había luces y música, había una fiesta con bandolines y violines, poemas y arpas, pájaros y flores, guitarras pulsadas por mujeres y niños y niñas jugaban en carruseles y chupaban caramelos, algodones de azúcar y saboreaban ambrosías. Había caballos con alas y gatos leyendo volúmenes de cuentos a niños muy pequeñitos. Wald estaba feliz al lado de sus hermanos pequeños que jugaban en un jardín de magnolias, fresas y naranjos, mangos, cambures y mandarinas que derramaban sus jugos y perfumes al aire, mezclados a los olores de las flores de azahar y de geranios mientras arrendajos, turpiales, azulejos y canarios surcaban el cielo donde se dibujaba un arcoíris. Después ingresaron a otro nivel donde Wald y sus hermanos ya estaban más crecidos y aparecieron jóvenes mujeres que danzaban para ellos, púberes desnudas que daban saltos

gigantescos en medio de tardes irisadas de lloviznas y comían fresas, peras y manzanas doradas, mientras tiernos capullos de flores se abrían en medio de lagos callados surcados por cisnes, y ocas de diversos colores se deslizaban por la superficie de estanques verdes; después Wald y sus hermanos se hicieron hombres y se enfrentaron a los retos corporales de la lujuria, iniciaciones deseosas con amantes que les dejaron abandonados a su suerte en medio de una cruda soledad, donde no había ni música ni colores ni cielos despejados sino feos sonidos y experiencias fuertes que les llevaron a probar el amargo sabor de la tristeza. Luego la familia de Wald se dispersó por aquella ciudad que recibía el nombre de Ciudad Topacio. Y luego Wald y sus novias adolescentes lo despidieron en las márgenes de un río caudaloso que no le permitía cruzar al otro lado, y cuando por fin lo hicieron con mucha dificultad decidieron que la ciudad estaba en guerra con otro país, y caían bombas y destruían todo; entonces debieron ir a luchar a la guerra y allí padecieron hambre y sufrimientos; tanto, que Wald perdió en esa guerra a su primera esposa y a su madre, y luego él mismo sobrevivió a muchas penurias antes de recuperarse y poder conseguir otro amor para su vida. Ahí el tiempo transcurría lento; tanto, que no había relojes sino eternidades y eternidades que seguían dando vueltas por la esfera del cielo y las eternidades pasaron por el sueño y el sueño pasó por las eternidades hasta que Wald vivió las cosas más hermosas de su vida como el placer, el amor, la efusión, la alegría, la exaltación, estados que se parecían a algo llamado la felicidad; se sintió como si estuviese nadando o dando brazadas por el viento y planeando desde arriba mientras detallaba los paisajes de su

infancia en el mar Caribe y luego en las montañas y en los desiertos y en las playas y se iba por los ríos y lagos y se zambullía y volvía a salir como un pelicano o una gaviota, y aquello comportaba un divino placer y entonces se ponía a cantar baladas o villancicos o aguinaldos para dios Nuestro Señor y tocaba la guitarra y cantaba y se libraba de las malas influencias, y cada vez que así lo deseaba tomaba la guitarra y entonaba y cantaba baladas y boleros y tangos y valeses y así lo hizo frente a sus amigos y hermanos y novias y poetas, y delante de su madre y su padre que estaban muy contentos por ello, y así siguió el viaje de Wald a través del sueño por la ciudad cósmica que llevaba dentro de la cabeza descubriendo en ella todo aquello que no podía ser visto en el afuera, y mientras más se adentraba en aquellos círculos más enigmas le eran revelados, los cuales a su vez volvían a cerrarse sobre si mismos para crear nuevos misterios que, una vez revelados, tomaban formas de símbolos y a su vez los símbolos se volvían mitos y los mitos leyendas y las leyendas volvían a entrar en el misterio, pues en el mismo centro del misterio debía ser asumida y comprendida la vida. Entrando y saliendo, llegando, yendo, esperando, quedándose y partiendo, así era todo, era la única forma de estar vivo, descansando y despertando, poniéndose de pie y recostándose, llorando y riendo.

Así cruzó Wald por aquel sueño durante toda aquella noche en que permaneció dormido penetrando los enigmas más oscuros de su cabeza, de su mente y de su memoria, como en efecto descendió a aquellos territorios abisales donde las revelaciones lo recibieron como nunca antes en medio de nubes iluminadas, tormentas siderales,

efluvios astrales y voces densas, presencias fantasmales y aguaceros quemantes que se adhirieron a la piel interior de su cerebro y sus circunvoluciones, y él iba cayendo más y más abajo, estaba descendiendo al pozo definitivo donde la memoria se encuentra con la muerte, como cuando de súbito se llega de nuevo al universo de abajo, al límite del sueño de la muerte y el sueño de los vivos, dando un salto desde la cama con un grito que le dejó colmado en su propio eco, lo dejó estático en medio de una vigilia donde no podía determinar bien en cuál de los dos universos se encontraba.

VIII

Wald ya no sabía qué esperar de su cuerpo. No sintió nada en ese momento, pero al poco rato los cambios comenzarían a notarse en alguna parte de su organismo, pensó. Ya estaba acostumbrado a las sorpresas, de modo que estaba preparado. Cumpliría sus rutinas de aseo personal y de alimentación y sus deberes laborales si podía, con su vida común y corriente (ahora esta expresión verbal dejaba de tener sentido para él) y la verdad ya no le importaba mucho, se estaba acostumbrando, su capacidad de asombro se estaba volviendo cotidiana. Ahí estaba otra vez mirándose las extremidades, la cara, la piel, los ojos. En verdad, ya estaba un poco hartado de sí mismo. Encendió la luz para buscar algo en el cuarto y esto le pareció un sinsentido. Abrió la ventana y afuera estaba oscuro, aún de noche; pero al constatar la hora en el reloj se cercioró de que no se correspondía con la realidad, dando varios golpecitos a la esfera del reloj en su muñeca, que se había detenido. Y ahora, simplemente, no sabía qué horas eran.

La brisa de la noche entró, más fría que de costumbre. A lo lejos, las luces de la ciudad titilaban tímidamente; el silencio lo cubría todo, un silencio extraño, casi total, como un organismo despedazado, sin ninguna función, que sólo estaba ahí como un pesado bloque de granito negro. Transcurrió la mañana en cuestiones de rutina: el

baño, el desayuno, el lavado de los trastos de cocina, pasar la escoba. El televisor daba los noticieros, y la radio desde el cuarto despedía notas incidentales; toda esta rutina se cumplió sin que apareciera el menor rastro de luz, la oscuridad continuaba reinando afuera. La radio y la TV continuaron reciclando viejas noticias, y cuando todo indicaba que el día ya había arrancado, Wald llamó a la oficina y luego a Federico, sin obtener respuestas, pues la línea telefónica estaba interrumpida y había dejado de salir el agua de los grifos. Su nerviosismo comenzó a crecer y pensó que debía conocer lo que estaba sucediendo en las calles. Entonces bajó para comprobarlo.

En las calles reinaba una inquietante soledad. Pocos transeúntes caminaban bajo una llovizna pertinaz, soportando un frío que, a pesar de no ser excesivo, producía una especie de escozor en los huesos; los establecimientos se hallaban cerrados casi todos, pocas personas en bares o cafés y la gente ni siquiera estaba conversando; cada quien andaba solo. No había presenciado Wald paisajes nocturnos de la ciudad tan tristes. Probó a entrar en algunos de los lugares que frecuentaba, una pastelería donde preparaban succulentas empanadas; un bar donde solía refrescarse con cervezas; en ninguno de los dos sitios se hallaban ni siquiera sus dueños; cuando se aproximó a otras personas para preguntarles qué se habían hecho, éstas se dispersaban como si jamás lo hubieran visto. Continuó recorriendo las calles por un buen rato. La circulación de automóviles había disminuido en exceso; en cambio se veían gentes en motos, bicicletas y patinetas, con lo cual la ciudad estaba menos ruidosa, produciendo por momentos un efecto casi desolador. Por más que se esforzó en distinguir otras

caras conocidas, no lo logró, sólo veía personajes anónimos, individuos grises, pequeños seres envueltos en brumas o aislados en esquinas bajo faroles o sentados en las aceras, mujeres de la calle consumiendo cigarrillos o borrachos bebiendo, perros realengos vagando por basureros, gatos brincando por tejados o insectos volando en torno a luces mortecinas, todo aquello componiendo estampas diferentes de aquella urbe solar que era Ciudad Topacio, como la que habitaba Wald desde su temprana infancia.

No sintió deseos de andar más. Estaba extenuado. Hizo el camino de regreso hasta la torre de apartamentos donde habitaba. En un momento dado, un personaje sombrío se aproximó a él para preguntarle qué estaba ocurriendo.

—Disculpe, amigo —dijo el hombre. ¿Acaso sabe usted lo que está pasando? ¿Por qué de repente todo se puso oscuro y ha desaparecido la luz de la ciudad?

—No tengo idea, amigo. Me he hecho la misma pregunta todo el día.

—Me gustaría saber a dónde ha ido a parar el sol —dijo el hombre. A dónde se ha ido la gente, la alegría, la luz. Esto que está ocurriendo no puede ser. No hay información en ningún lado, y la gente no dice nada. Eso no lo entiendo, porque las personas huyen...

Eran las mismas preguntas que Wald se hacía. Era el perfecto interlocutor.

—Tiene toda la razón, —respondió Wald. Vamos a algún puesto policial.

—Déjeme dar un vistazo por aquí mismo —dijo el hombre. Wald estaba exhausto, había caminado muchas cuadras y ya no podía más. Se recostó de una pared.

Encendió un cigarrillo. Inspiró y expiró el humo largamente, en un acto de relajamiento. Cerró los ojos por un buen rato. Resbaló el pie por la pared y estuvo a punto de caerse; se sentó entonces en la acera para continuar la espera del hombre; consumió el cigarrillo completo y estuvo a punto de quedarse dormido. Pasaron unos hombres en actitud sospechosa, que se quedaron mirando a Wald, sentado en el piso. Uno de ellos se acercó y le dio una patada en la pierna a Wald, para despertarle. Otro de los del grupo, sacando un arma, amenazó a Wald reclamándole su cartera. Wald sacó su billetera y se la entregó. El otro le aclaró a Wald que si hacia el menor movimiento de alarma, le pegaría un tiro. Wald obedeció nervioso, descontrolado. Con la billetera en su poder, los cuatro hombres se alejaron corriendo. Al rato, regresó el hombre que había estado hablando con Wald, y buscaba la información.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto el hombre a Wald, y éste le refirió lo acaecido.

—No es nada, —dijo Wald, sólo una patada en la pierna y unas amenazas de unos pillos de la calle. Pero estoy bien.

—Menos mal está usted bien...por cierto, no sé su nombre. Un grupo de hombres en una plaza me dijeron que al principio se pensaba que era un eclipse, después que una tormenta había destruido los generadores eléctricos de la ciudad, y luego que ha habido un fenómeno astral que nadie conoce, ni se había pronosticado. Ningún eclipse dura dos días. Por ahí andaba ahora un señor diciendo que había comenzado el fin del mundo, y eso lo han venido repitiendo otras personas por ahí en la calle. Se veían nerviosos, desesperados diría yo. Se lo aseguro, amigo...

—Wald.

—Amigo Wald... no había visto tanta desesperanza junta, tanto pesar. Según parece, todo se debe a un fenómeno climático, a una especie de catástrofe natural...

—¿Y usted cómo se llama?

—Martin Pérez.

—Martin, yo jamás había visto esta ciudad tan triste.

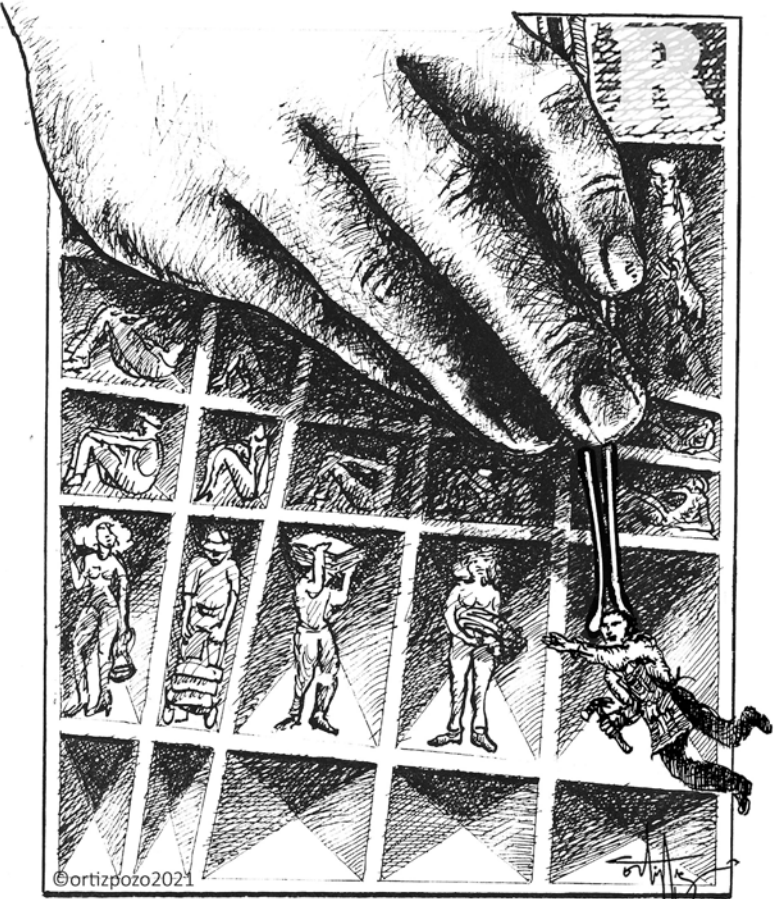
—Es cierto, amigo Wald —dijo Martin Pérez.

—Ahora tendré que irme, a ver cómo mitigo este dolor que tengo en la pierna, a causa de la patada que he recibido, encima los tipos cargaron con mi billetera, y voy a necesitar mi identificación y mis tarjetas.

—Lo siento mucho, amigo Wald. Quizá nos veamos otro día por ahí. Cuídese.

—Mucho gusto, Martin, que tenga buenas noches.

—La noche más larga de la historia de Ciudad Topacio —dijo Wald, sintiendo que ese día no había cambiado él sino cuanto le rodeaba, dudando de si aquello era la realidad, un sueño o una catástrofe climática, no lo sabía, le dolía la pierna y apenas llegara a su apartamento se echaría en la cama a dormir como un leño, al menos todavía era un hombre y no un animal o un monstruo, pensó Wald perdiéndose en la calle oscura y solitaria.



IX

Los párpados de Wald se negaban a abrirse. A duras penas, por la noche, había podido descansar, pese al agotamiento que tenía. El sueño había sido tan denso e inquietante —conformado por imágenes sexuales tan sórdidas como pavorosas— que sus sentidos amanecieron embotados. Bajo sus párpados cuajaron unas asquerosas legañas adheridas a sus pestañas, que hubo de separar con los dedos. Profirió un grito entrecortado con el fin de recordarse a sí mismo que aún estaba vivo. El grito se reprodujo en ecos pastosos semejantes a gemidos de un animal mamífero, que eran como formas de recordarse su esencia animal. Al separarse los párpados, Wald descubrió que aquel no era su espacio, no era su departamento sino un lugar desconocido, una casa de construcción nueva, un dormitorio limpio y agradable entre cuyas cortinas grises la luz se colaba a ratos, fenómeno que le hizo respirar con alivio, dada la sombría atmósfera que le había agobiado el día anterior —más bien parecía una noche continuada— se incorporó con dificultad sintiendo intensos dolores en los pies, que le obligaron a sentarse de nuevo en el borde de la cama. Después comenzó a oír una voz de mujer en conversación con alguien; ésta fue escuchándose más claramente a medida que se acercaba, y Wald fue sintiendo

una especie de escalofrío benigno, al reconocer a quién pertenecía: era nada menos que Vanessa Turner, la mujer de su vida, su amor imposible que se aproximaba a él, llevando una bandeja con un jugo de frutas y un pastel.

—¡Gracias a dios despertaste! —exclamó Vanessa, con una voz que para Wald era una como una caricia, una cascada de dulzura. Los pegajosos ojos de Wald se terminaron de abrir ante aquella aparición angélica, una visión sublime que le sacaba de aquel estado de postración mental donde se hallaba inmerso en los últimos días. Vanessa puso en la mesita de noche la bandeja y luego dio a Wald un beso en la mejilla, ante cuyo roce él estuvo a punto de romper en llanto, tal fue la emoción, un raptó de completa felicidad. Sus ojos apenas podían dar crédito a todo aquello.

—Estabas tirado en una acera de la calle anoche. Roberto y yo veníamos en el auto y te reconocimos. Estabas ahí golpeado, sin sentido. Te cargamos como pudimos al auto y te trajimos acá. ¿No recuerdas? —preguntó Vanessa.

—No recuerdo nada —dijo Wald con dificultad.

—¿Qué te ocurrió?, ¿quién te hizo esto? —preguntó Vanessa.

—Unos tipos me asaltaron y se llevaron mi billetera. Luego me dieron unas patadas mientras estaba en el suelo. Una persona me ayudó a levantarme. Después nos despedimos. Yo tomé en dirección a mi edificio, pero por lo visto no llegué. Desde ahí no recuerdo nada más, ni siquiera pude llegar a mi casa...

—¡Qué peligrosa está la calle! —exclamó Vanessa. ¡Ahora ya no se puede salir de noche! Mira ahí tienes una toalla; puedes darte un buen baño y luego desayunas...

ponerte ropa limpia de Roberto. Él va a venir con un médico amigo, más tarde.

—¿Con un médico? Por favor Vanessa, no te preocupes, ya me pondré bien, no necesito un médico.

—Claro que sí —insistió Vanessa.

Wald detalló la infinita hermosura de Vanessa, sus ojos, su boca y su cabello, su voz acariciante; todo ello acompañado de una inmensa ternura. Deseó fervientemente que fuese suya, tenerla a su lado para siempre. No quería que Roberto regresara nunca más a la casa, que desapareciera para quedarse él con Vanessa a solas, declararle su amor, ponerse a sus pies. Le agradeció por lo que estaba haciendo, y de la vergüenza que sentía por todo lo que había sucedido. Salió del dormitorio hasta el cuarto de baño donde se refrescó al fin, se enjabonó y colocó champú, disfrutó del refrescante chorro de agua y hasta silbó una melodía mientras el agua resbalaba por su cuerpo, inundando sus poros y su espíritu.

Sentía que el hecho de estar bajo la ducha en la casa de Vanessa era un privilegio, y que aquel era el único momento feliz que había tenido en medio de aquella metamorfosis permanente, en aquella vida suya repleta de burlas sangrientas a su persona, tanta ironía destilada; todo ello no parecía tener ningún objetivo, ninguna finalidad concreta, como no fuera la de confrontarse a sí mismo, eso pensaba, todo aquello quedaba en un segundo plano en ese momento, se encontraba en una especie de paraíso artificial sólo por un momento. Salió de la ducha como de un vientre húmedo hacia una nueva realidad (no sabía ahora qué significaba esa palabra, con su insoportable ambigüedad) o hacia su próxima utopía, fantasía o como se la quisiera llamar...

Salió silbando de la ducha, secó su cuerpo con la toalla y, lentamente, se puso una bata y peinó su cabello, mirándose al espejo como si saliera de un viaje al otro mundo, abriendo la puerta del baño para encontrarse con Vanessa, el zumo de frutas y el pastel que le traía, que degustó mientras detallaba la hermosa voz y gestos de Vanessa, mientras ella le daba consejos cariñosos.

Wald no pudo contenerse. Después de beber el jugo y comer el pastel, se levantó y dio un beso en la boca a Vanessa para agradecerle todo lo que hacía, por estar ahí y comprenderle. Vanessa se ruborizó; sabía del amor que le profesaba Wald, pero ella se encargaba de contenerlo, de poner una barrera para evitar problemas y no involucrarse en amoríos que podían ser fatales. Wald se sintió realizado con aquel beso, probando aquellos labios maravillosos, aquella boca anhelada. Debía aprovechar aquellos momentos el máximo tiempo que pudiese, pues pronto llegaría Roberto y las cosas serían de otro modo.

Así fue, en efecto. La llegada de Roberto cambió todo. Aquella atmósfera ideal, aquel ambiente encantador se había esfumado y trocado en una cruda (ahí estaba otra vez la horrible palabra) realidad, la cual debía manejar con la mayor habilidad posible.

—Qué paliza te dieron anoche, Wald. Pensé que estabas muerto, ahí tirado en plena calle —dijo Roberto.

—Me salvé por un pelo —contestó Wald. De no haber sido por ustedes aún estaría tirado ahí, o bien muerto —repuso Wald.

—¿Qué hacías por ahí tú solo a esas horas? —preguntó Roberto.

—Salí a dar unas vueltas... no sabía lo que estaba ocurriendo. Todo estaba oscuro, no había sol, no había agua en los grifos, el mundo se estaba acabando anoche ¿no es así Roberto? —preguntó Wald.

—¿Qué dices?

—El mundo oscuro, inerte, solitario...

—Una noche larga, muy larga..., tienes razón, Wald, aunque no muy distinta de otras, Wald. ¿Cómo pasaste la noche? Espero que hayas amanecido bien.

—Estoy bastante bien, comparado con la piltrafa que era anoche.

—Vanessa te reconoció allí, en medio de la oscuridad, no sé cómo pudo...

—Ella es excepcional, puede ver en lo oscuro, como los gatos o los búhos. Perdí el conocimiento antes de llegar a la casa, pasé todo el día en sombras, no podía dormir bien, tuve pesadillas, de la noche a la mañana mi vida cambió, Roberto.

—¿A qué te refieres?

—Es una larga historia. Pero ya estoy bien, gracias a ustedes. Ahora quizá debemos tomarnos un café, hablar sobre los viejos tiempos...

—Vanessa te quiere mucho.

—Y yo a ella —dijo Wald, disimulando su respuesta en tono amistoso. —Me han hecho falta. Después que rompí mi relación con aquella chica llamada Rita que me gustaba mucho ¿recuerdan?, era muy divertida, una bailarina con la que no pude llegar a nada serio...

—Todo eso pertenece al pasado —dijo Roberto.

—Ahora tenemos una sorpresa para ti —dijo Vanessa.

Se ausentó Vanessa por un momento y regresó con un grupo de personas: cinco participantes del Círculo de Keats: Estela, Sofía, Mauricio, Amanda y Marcelo, escritores y poetas se reunían cada quince días a leer poesía y a glosar lo que leían...

Wald no podía creerlo. Ahí estaban los amigos con quienes se sentía identificado. Se había fraguado entre ellos una amistad. Se reunían a conversar sobre las cuestiones más diversas. Partían de la literatura o de la poesía como herramientas de conocimiento, para acercarse al mundo y las cosas, al universo todo. Wald estaba muy contento de verlos; eran demasiadas emociones juntas; se hallaba hipersensible, exultante.

—¡Amigos! —exclamó Wald. ¡Es maravilloso verlos! Esta magia la pueden lograr Roberto y Vanessa. Gracias, amigos, por venir a verme. No me pasó gran cosa, ya estoy bien. Teníamos tiempo sin vernos. Es importante que retomemos nuestras reuniones en el círculo. Si quieren comenzamos de una vez a leer algo.

—Sólo vinimos a ver cómo te encuentras —dijo Sofía.

—Nos avisaron que has venido sintiéndote mal —recalcó Mauricio.

—Sí, Wald, tienes que cuidarte, chico. Tienes que buscar ayuda, porque la salud es lo más importante —dijo Amanda.

—Son muy buenos amigos, de veras —agradeció Wald emocionado. Pero no me gustan los médicos, tomar pastillas y meterme en una cama a seguir tratamientos estériles. Se convierte uno en una especie de depósito de frases lastimeras y patéticas, que no se las cree ni el que las está diciendo.

—¿Ja ja ja ja! —rio Mauricio. ¿Ese es Wald en estado puro! Creo que tiene razón.

—Yo creo que los amores y los amigos son la mejor terapia —dijo Sofía. Leamos poesía, bebamos unos vinos, oigamos música.

Wald sonrió reconfortado. Se quedó mirando por la ventana y el día le pareció primaveral, se imaginó que era un pájaro que cantaba y cantaba en varios registros, gorjeos y píaes, sus cánticos surgían de su garganta convertidos en melodías dulces, armonías sublimes que le servían para comunicarse con las nubes del cielo, los jardines de flores y los demás pájaros que estaban posados en las ramas de árboles de pinos y sauces, también pensó que podía ser un pájaro y volar y posarse él sobre ramas y hojas, y acercarse a las flores para beber sus néctares y luego volar y volar libre y posarse en los alambres, surcar las azoteas, encararse al viento y a las brisas con su cuerpo de ligeras plumas. Aterrizó de nuevo en el marco de la ventana del departamento convertido en gorrión y luego dio un salto hasta su lugar en la sala convertido en hombre, en Wald, para continuar hablando con sus amigos. Era el mejor día que había tenido en mucho tiempo. Sus amigos le rodeaban haciendo frases pícaras y cariñosas, con gestos de afecto. Sin embargo, de súbito Wald tuvo un mal palpi-
to. ¿Por qué habían ido todos a verlo al mismo tiempo? ¿Cómo se habían enterado de su estado? ¿Acaso sabían de cuanto estaba ocurriéndole? Le asaltaron las dudas. Pasó de un estado de maravillosa plenitud a otro de dubitaciones y desconfianza. ¿Pero tenía miedo de qué? Tampoco lo sabía. De modo que intentó controlar sus sentimientos: se mostró menos efusivo y tomó distancia del grupo para

resguardarse por un momento de un posible plan en su contra, disfrazado de generosidad amistosa. De la pesadilla que había sido su vida en los últimos días todo pasaba de pronto a ser color de rosa. ¿Cómo y por qué se había operado este cambio? Debía ser cauteloso. Miró el rostro de cada uno de sus amigos, repasó sus facciones con ojo clínico y los vio de repente como una secta satánica, partícipes de todo cuanto había estado ocurriéndole. Estuvo un buen rato inmerso en esta tenebrosa idea, y fue saliendo de ella lentamente, diciéndose a sí mismo que esos últimos pensamientos suyos eran sencillamente una locura, otro desvarío de su mente insana, que ya habría que deplorar. De modo que volvió en sí y se unió al grupo de amigos con frases de agradecimiento. Pero ya estaba cansado y lo único que deseaba era ver de nuevo a Vanessa. La buscó con la mirada por el recinto y no la pudo encontrar. Atinó a decir:

—¿Y Vanessa dónde se ha metido?

Nadie le respondió. Volvió a hacer la pregunta. El grupo de amigos permaneció callado. De repente apareció Roberto, con la mirada contrariada. Los amigos del Círculo de Keats miraron a Roberto, reclamándoles también la presencia de Vanessa.

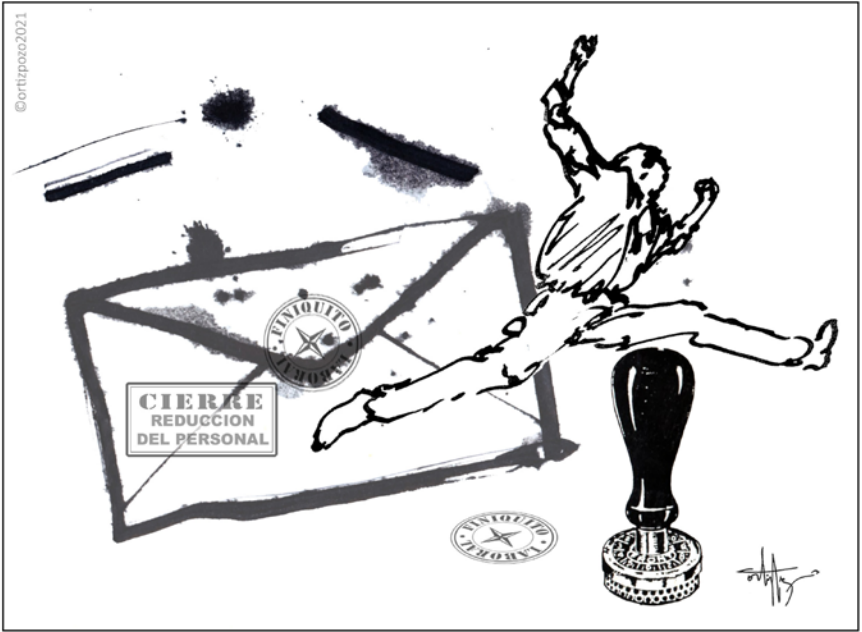
—Por los momentos, Vanessa está indispuesta —dijo Roberto. —Tiene un fuerte dolor de cabeza, por lo cual se ha ido a la cama.

—¿Cómo puede ser esto, si apenas hace un rato estaba bien, aquí con nosotros...? —inquirió Wald.

—Te repito que no se siente nada bien —repitió Roberto, en tono determinante.

—¿Puedo verla? —preguntó Wald.

Roberto se acercó a Wald y le propinó un puñetazo en el rostro, que lo derribó al suelo. Wald intentó levantarse, pero el impacto del golpe había sido tan fuerte, que Wald volvió a desplomarse.



X

Al despertar, Wald fue presa de la sensación de que había muerto. O por lo menos no estaba seguro de hallarse completamente vivo. Consideró ambas posibilidades, observando que las dos eran absurdas. Aunque tampoco el hecho de que fuesen absurdas significaba que fuesen imposibles, pues aun siendo imposibles tenían el encanto de que algo imposible fuese posible por un momento, que podía ampliarse hasta los límites de un más allá, de lo denominado comúnmente real, objetivo o concreto. Después de todo para ello se había creado el término ficción, utilizado sobre todo en literatura para distinguir lo creado por la imaginación humana de lo constatado por la observación en directo de los hechos, esto es, de aquello que luego puede ser constatado por documentos. Para la ficción habían sido creados personajes, actores o prototipos que pudieran encarnar acciones, sentires o pensamientos para que otros, sus semejantes, lectores o espectadores, pudieran ver nuevos acontecimientos y cotejarse con ellos, buscando algo suyo en el pasado, en la historia o en épocas anteriores, o bien de las que eran contemporáneas. ¿Y con qué objeto? De poder aprender algo de éstos o sencillamente disfrutarlas— si podía hacer ambas cosas, mejor—, pues de ahí surgían la filosofía, la moral y la estética, es decir, el pensamiento, la rectitud y la belleza.

¿Qué se buscaba con ello? Pues leernos en presente con la ayuda del pasado para enfrentar el porvenir; un porvenir limitado, por supuesto o, mejor dicho, finito. Pero ese porvenir finito debía tener un sentido que sólo era concedido por la muerte, pensaba Wald que la muerte no era el cese definitivo de la vida, sino uno de los pasos necesarios para lograr la trascendencia en el tiempo. Pensó Wald que el tiempo sólo era una estructura arbitraria que hemos creado para medirnos en determinados momentos de la existencia. Debíamos otorgar un sentido a esta existencia por cualquier medio, usando el raciocinio, los sueños, la imaginación, la belleza o la religión, el trabajo o el sacrificio, todo dentro de un rango similar de intereses o deseos, para no incurrir en los ya hartos conocidos errores de épocas anteriores, donde guerras y exterminios masivos habían dejado un saldo horripilante de destrucción. Por ello tenía sentido seguir imaginando y ficcionando, para que los personajes de cuentos y fábulas dejaran su testimonio a la humanidad. Continuó Wald pensando en este asunto como en un legado extraordinario y poderoso, pues a través de él nos erigimos en dueños de nuestro destino, un destino que no puede malgastarse en mera sobrevivencia, sino de tratar de ir siempre más allá.

Todo esto consideraba Wald, apenas abrió los ojos en aquella mañana, sumergido en meditaciones que le hacían viajar por diversos laberintos cognitivos y le provocaban raptos de creación, lo estimulaban a escribir, narrar historias o escribir poemas. Tampoco abandonaba sus lecturas, pero últimamente tenía cada vez menos tiempo para dedicarse a ello, sin saber exactamente por qué. Justo en ese instante Wald se sintió liviano, como si no tuviese

una existencia concreta sino una existencia literaria, como si un escritor en alguna parte lo estuviera construyendo, le estuviera inventando rasgos, sucesos o motivaciones, amoríos o dificultades para involucrarlo en alguna trama, en alguna narración fantástica; en ese momento se sentía como un personaje de ficción, más que uno de carne y hueso; sensación que lejos de agradarle le causaba incomodidad y malestar, un sentimiento de descolocación difícil de describir. Dada la pasión de Wald por la literatura, aquello debía ser un elogio y sin embargo ahora se sentía lleno de un aire de irrealidad que le deprimía. Wald quiso recuperarse de aquella depresión haciendo planes para salir con un grupo de amigos del Círculo de Keats, a donde además invitaría a su gran amigo Federico y a su novia a que lo acompañasen; aunque recordando lo que había ocurrido recientemente en casa de Vanessa y Roberto, no era muy recomendable hacer aquella cita tan pronto. Era prudente dejar pasar un tiempo, pero seguía siendo la mejor idea para recobrar el sentido de sus actos, recuperar su carnalidad, la cotidianidad que con tanto esfuerzo había conquistado.

Decidió entonces incorporarse a su trabajo en la Torre Klum, y aquello que antaño había considerado tedioso constituía ahora una salida a su peculiar situación. Miró a su alrededor y, en vez de reconocer su entorno habitual en el apartamento, veía el apartamento de Vanessa y Roberto, aunque ellos no estaban ahora. Se encontraba en la habitación donde lo habían llevado a pernoctar, pero esta vez el día y la noche se habían confundido o se habían fundido el uno en el otro, las fechas estaban desubicadas y las personas parecían estar perdiendo sus entidades; el

espacio parecía desfigurado y había una gran confusión en las referencias de tiempo y espacio. Wald, a causa de todo ello, estaba sufriendo una profunda crisis que se traducía en angustia en el momento de buscar a Vanessa y Roberto por todo el departamento, sin suerte. Ejecutó entonces el cotidiano rito de mirarse al espejo, descubriendo un rostro bastante envejecido; se refrescó un poco con agua en el lavabo, fue a la cocina a beber agua, dio algunos pasos por la sala del departamento y las habitaciones: éstas se encontraban perfectamente hechas, todo en un orden impoluto, como si nunca hubiese estado habitado por nadie. Buscó el teléfono fijo para realizar una llamada y la línea estaba interrumpida; se asomó por la ventana y estaba lloviznando. Se terminó de vestir y se dispuso salir. Al intentar abrir la puerta ésta se resistió; la llave original no estaba en los llaveros habituales cerca de la puerta y tampoco en las mesas visibles o en las gavetas, de modo que se vio obligado a golpear la puerta a ver si alguien podía abrirle, algún vecino era capaz oír los toques y sacarlo de allí, antes de que su soledad recrudesciera y se viera envuelto en un nuevo rapto de desesperanza. Súbitamente la puerta se abrió sola —como si algún fantasma lo hubiese hecho— y Wald pudo salir por ella tranquilamente.

Bajó tres pisos por las escaleras y al llegar al rellano de la puerta del edificio, ésta se abrió de igual forma, por sí misma, lentamente, una suerte de invitación que le hacían unos seres invisibles. Salió del edificio con las manos en los bolsillos, mirando a cada lado de la calle; mientras se desplazaba por la ciudad volvió a experimentar la desagradable sensación de no ser una entidad real, sino una invención, un sueño de alguien, un personaje cuyos actos

estaban siendo determinados por otra persona, en este caso un escritor; pero no un escritor cualquiera sino alguien con plena conciencia de lo que estaba construyendo, un proyecto inverosímil o insensato tal vez, pero en todo caso un proyecto fascinante se estaba llevando a cabo aunque no lo podía comprobar, pues sentía que su existencia estaba desdibujada o se estaba desvaneciendo sin que él pudiera hacer nada; más bien debía impedirlo a toda costa, no sabía cómo. Mientras tanto iba de aquí para allá sin rumbo fijo, no podía regresar a su departamento y necesitaba ver con urgencia a su amigo Federico, el único que quizá podía comprender cabalmente cuanto le ocurría. Caminó entonces en dirección a sus objetivos sin previo aviso (en ese momento se cercioró de no llevar su teléfono consigo) y ya estaba muy lejos; le llegaría a Federico por sorpresa y compartiría una charla, con música y tragos quizá, pero después de haber andado varias cuadras por la ciudad sombría, con gente que caminaba cabizbaja por avenidas y plazas, y de escuchar molestos traqueteos de automóviles (recordó entonces su auto ¿dónde estaba ahora el suyo, dónde lo había dejado?, no lo recordaba) y al encontrarse frente a la casa donde vivía su amigo y tocar el timbre, no obtuvo ninguna respuesta. La decepción que sufrió fue grande, tomando en cuenta el estado el abatimiento en que se encontraba. Justo en ese instante Wald sintió que algo lo tomaba por el cuello, como si se tratara de un animal, asfixiándolo con sus garras. Wald se sintió falta de respiración; el aire le faltaba y casi se desvaneció con sólo pensar que no iba a poder ver a Federico ese día.

Wald sintió que estaba perdiendo peso específico, que su cuerpo casi no tenía volumen; ello lo comprobó

al pasar frente a una vidriera en un establecimiento en la calle. Acercó su rostro al vidrio y pudo ver su cara poblada de arrugas. No podía ser. Su proceso de envejecimiento estaba acelerado al máximo, y a medida que avanzaba, el estado de su memoria reciente se reducía mientras el de la memoria remota parecía aumentar, imágenes de infancia y adolescencia, primeros amores y juegos, días en el liceo y la universidad, todo aquello pasaba por una especie de pantalla memoriosa, y ello le contentaba y le entristecía al mismo tiempo.

Luego de andar varias cuadras de regreso y ante la imposibilidad de hallar a Federico, no tener auto ni teléfono, comprobó que a ese ritmo ya no podía andar mucho más sin que su proceso de envejecimiento se agudizara, por lo cual hubo de detenerse en una plaza a descansar. Se miró las manos arrugadas, huesudas, llenas de vellos desagradables, manos de viejo. Esto era lo que me faltaba, se dijo, pero dadas las circunstancias aquello era lo menos que podía sucederle, que todo fuese anómalo y que las nuevas mutaciones se produjeran, todo se deterioraba, ya estaba habituado a eso, total ya no tenía mucho que perder, pero se entristecía por sus amigos, los recuerdos, las mujeres, sus padres muertos, el hijo que nunca pudo tener, Vanessa, Federico, los recuerdos de su infancia y el amor por la música y la poesía, aparte de aquello su vida era una repetición monótona de situaciones, la cual de súbito se había vuelto un infierno de mutaciones. Ahora vagaba hacia un borroso destino, ya había sido perro, gato, vampiro, robot, clon, asesino, pero también hombre y pájaro, en todo caso era un ser encaminado hacia un borroso destino, pero debía saber la verdad y la

razón de todo, quién había ordenado todo aquello, podía oler algo en el aire, podía percibir unas ondas en el espacio que le indicaban de dónde provenía aquella vibración que imantaba todo su cuerpo.

Wald se dejó llevar por las ondas que surgían del otro lado de la ciudad, de un lugar lleno de dunas, un pequeño desierto que precedía a una ciudad llamada Curiana, con una larga historia colonial donde vivía un escritor que estaba ya un poco harto de escribir novelas realistas y deseaba escribir una novela diferente, una novela fantástica si era necesario para salir del tedio de su propia existencia y del tedio literario en el cual se hallaba inmerso, de modo que puso manos a la obra en su proyecto y se entregó a la escritura de modo compulsivo. No se detuvo hasta tanto no lo consiguió; en pocos días intentó lograr el efecto con un personaje que después de haber experimentado violentas sacudidas psíquicas y existenciales y de haber atravesado un cruel trance de mutaciones debía ser salvado por alguien, y al no encontrar a ese salvador o a esa salvadora tuvo que hacer él mismo ese papel, era un escritor que respondía al nombre de Gajim.

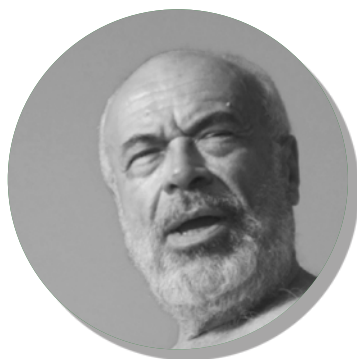
Entonces Gajim un buen día, cuando Wald entró en crisis nerviosa, acudió a socorrerlo mediante un sistema de señalizaciones escriturales aéreas que podían ser leídas del otro lado de Curiana, justo en el lado antagónico de Ciudad Topacio, que era una ciudad ultramoderna con todo tipo de adelantos tecnológicos y sin embargo no donaban felicidad a sus habitantes. Curiana, por el contrario, era una ciudad antigua, con costumbres en desuso, poblada de problemas urbanos elementales, que representaba sin querer la otra cara de la moneda. Desde Curiana,

Gajim comenzó a dirigir las mencionadas señalizaciones a Wald, para que éste pudiera salvarse de una muerte absurda, una muerte que no daba sentido a su vida. Entonces Wald hizo el último gran esfuerzo de su vida y se propuso cruzar la línea.

Se armó Wald de todas sus fuerzas para lograrlo. Ya estaba cerca de la línea fronteriza entre ficción y realidad, entre concreción y fantasía, y entonces sintió, mientras se aproximaba a la línea, que su cuerpo se adelgazaba aún más, que su tórax y piernas quedaban aplanados y livianos, como si su cuerpo fuese de goma, semejante a una delgada rebanada de carne sin olor que ahora se deslizaba entre una y otra frontera, y al fin salió del otro lado de la línea un poco más restablecido, lo suficiente para dar unos cuantos pasos adelante en aquella tarde de noviembre de un año cualquiera. Siguió andando como pudo, hasta atravesar un pequeño desierto que le condujo a un bosquecillo de cocoteros, donde pudo descansar un rato y beber fresca agua de coco, que le brindó fuerzas para proseguir por una carretera repleta de cabras que andaban en rebaño de un lado a otro, rumiando y comiendo pajas. Luego de ahí llegó a una avenida iluminada donde se celebraba una fiesta popular, y algunos de sus participantes le brindaron bocados y bebidas, viendo su estado de cansancio. Wald bebió y comió con avidez pan y queso, muy gustosos, y un vaso de leche de cabra, y siguió su caminata a través de una avenida llena de luces y postes, por donde anduvo tranquilo hasta llegar a una redoma. Ahí se detuvo un rato, se sentó en un fresco césped, respiró hondo y recogió unos mangos casi podridos que estaban sobre la grama, los limpió y los comió con gusto. Siguió caminando muy

pendiente de las señales escriturales que se efectuaban en el aire; las podía percibir claramente y lo llenaban de cierta alegría, por lo cual prosiguió con más esperanza hasta llegar a otra avenida, y a otra redoma donde las ondas se hacían más claras, pues por ahí cerca estaba el escritor ejerciendo su oficio, el propio Gajim debía estar por los alrededores, y entonces Wald fue aproximándose y Gajim podía detectarlo: ambos estaban experimentando algo similar; escritor y personaje se andaban buscando entre ellos y la emoción de cada uno iban en aumento, la temperatura anímica se hacía intensa cuando algo comenzó a sonar en medio del aire para anunciar el encuentro, y entonces Gajim se levantó de la silla donde estaba sentado en un bar escribiendo frente a una jarra de cerveza, y salió a la calle donde a esas horas batía una fuerte brisa, el viento de Curiana que hace sonar las hojas y los orumos en las ramas de los árboles en la avenida, donde al fin se veía la tenue figura de Wald que venía andando a paso seguro a encontrarse con su inventor, y Gajim estaba emocionado y entusiasmado de poder salvarlo y de propiciar a través de él un diálogo entre la ciudad vieja y la ciudad nueva, entre Curiana y Ciudad Topacio, entre el hombre descorazonado y el hombre con esperanza, entre el hombre sin rostro y sin identidad y el otro que le está esperando allí para darle la mano y apoyarle, para ofrecerle su amistad y ayudarle a ser él mismo. Y entonces Wald dio un paso hacia adelante y Gajim dio otro y el corazón de cada uno latió con fuerza a medida que ambos aclaraban sus visiones y podían comprobar que eran realmente el personaje el uno del otro, actor y autor se tuvieron al fin frente a frente y se miraron a los ojos y lloraron de emoción y se abrazaron con

tal fuerza, tan intenso y cálido fue el abrazo, que ambos se juntaron en una sola persona y fueron dando vueltas en el aire a la manera de un pequeño remolino, que fue fundiéndose en el aire de aquella tarde hasta desaparecer completamente.



GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

Caracas, 1950. Ha repartido su vocación literaria entre el cuento y la novela, la poesía y el ensayo, así como entre una labor de antologista y editor que le ha merecido un reconocimiento crítico en varios países. Entre sus libros de cuentos destacan *Los dientes de Raquel* (1973), *Relatos de otro mundo* (1988), *Tramas imaginarias* (1990), *El hombre de los pies perdidos* (2005), *La taberna de Vermeer y otras ficciones* (2005), *Había una vez... 101 fábulas posmodernas* (2009), *Divertimentos mínimos* (2011) y *Consuelo para moribundos y otros microrrelatos* (2012). Sus principales novelas son *Una fiesta memorable* (1991), *Sueños y guerras del Mariscal* (2001), *Paisaje con ángel caído* (2002), *Averno* (2006) y *Limbo* (2016). Monte Ávila Editores reunió su obra poética bajo el título *Balada del bohemio místico* (2009), así como una selección de sus *Cuentos y microrrelatos* (2012) mientras en el campo del ensayo sobresalen *Diálogos con la página* (1984), *Provincias de la palabra* (1995), *Espectros del cine* (1994), *El espejo de tinta* (2007) y *El contraescritor* (2007). De su obra de antologista pueden citarse *Relatos venezolanos del siglo XX* (1987), *El ensayo literario en Venezuela* (1989), *Noticias del futuro. Clásicos literarios de la Ciencia Ficción* (2010) y *En Micro. Antología del microrrelato venezolano* (2010). En 2012 Ediciones Imaginaria editó una valoración múltiple de su obra con el título de *Literatura y Existencia*. y Ediciones Fábula publicaría un segundo tomo.



ANÍBAL ORTIZPOZO

Creador de Arte Total, profesor universitario, refugiado político de la dictadura chilena, reside en Venezuela desde 1976, donde mantiene una intensa actividad artística y docente. Es, además, un pensador crítico, cuestionador de estereotipos, un provocador en su modo de interpretar el mundo, siempre aferrado a una conciencia ética e imaginación política. Sus reflexiones expresadas en ensayos y artículos, son difundidos en medios impresos y digitales. Su obra artística multidisciplinaria incluye dibujo, pintura, escultura, instalaciones, arte digital, email-art y video que frecuentemente están presentes en eventos, exposiciones en Venezuela y el exterior, obteniendo el reconocimiento del público y la crítica especializada.

*“Para cantar el ruiseñor
sólo requiere de un pequeño
pico...”*

Wald se editó en versión digital
en el mes de noviembre de 2020
en el taller editorial de
Ediciones Madriguera,
en Mérida – Venezuela.
¡Gracias a Dios!

Lo que al comienzo parece ser el paseo por la vida de *Wald*, un hombre que recién cumple los cuarenta años, con “*un relativo futuro por delante...*”, un empleo y un modo de vida formidable; se transforma sorpresivamente en la odisea de un personaje por sobrevivir a una serie de cambios en su cuerpo que le llevan a tomar decisiones equivocadas y emprender una búsqueda desde la incertidumbre sobre la propia existencia y el viaje fuera de la realidad conocida para encontrarse con una forma de fuerza superior, su propio creador.

